

OBRAS PREMIADAS 2022

CONCURSO INTERNACIONAL "MIRADAS DE IBEROAMÉRICA" CUENTOS MIGRANTES PARA LA INFANCIA

PEQUEÑA Y LAS PALABRAS

Analía Verónica Juan

MAMÁ, LULA Y YO

Michelle Rincón Cortés

EL VUELO DE LA MARIPOSA

Aleida Villa

PREGUNTAS DE TODOS LOS TAMAÑOS

Nydia Beatriz Salas

PALABRAS DE SIETE COLORES

Paula Salerno

EL SUEÑO

Ericka Sejas Noriega

UN PUNTO EN EL MAPA

Virginia del Río Vargas

*Material puesto a disposición por el Programa Iber Rutas para
el desarrollo del Concurso Internacional de Ilustración 2023
"Dibujando los Cuentos Migrantes para la Infancia"*

1.

PEQUEÑA Y LAS PALABRAS

Analía Verónica Juan

*Pequeña y las palabras
Nariz de poroto
ojos de café
boquita de fresa
y un beso en los pies*

chuik, chuik

*El sueño llegando
sube de los pies
besito en la frente
y a dormir.*

–¡Mamá! no rima, a dormir no rima. Tiene que terminar en E.

–Bueno, si no rima habrá que buscar la palabra con E en los sueños.

Mamá hace que las frazadas abracen al colchón para que Pequeña no se destape por la noche.

Pequeña saca los brazos del sobre mullido para retener a Mamá.

Mamá detiene el amague de retirarse.

–¿Vas a cantarme en otro idioma en el nuevo país? ¿Debemos dejar estas palabras?

Mamá recorre con la palma la mejilla de Pequeña.

–No te cantaré en otro idioma, siempre tendremos estas palabras. Después iremos sumando otras nuevas.

–¿Las palabras pueden olvidarse si no se usan, mamá? ¿Cómo funciona? ¿Las palabras nuevas saben que son prestadas?

–Son muchas preguntas para responder a mitad de un bostezo. Mañana seguimos conversando, ¿sí?

Mamá retoca la posición de la almohada.

–Mañana tendré más preguntas.

–A dormir nariz de poroto, ojos de café.

–El sueño llegando

sube de los pies

besito en la frente

ya me dormiré.

Mamá besa la frente de Pequeña y apaga la luz. El sendero de pasos lleva el sonido hasta la cocina, abre la canilla, el agua corre, lava los platos mientras piensa en las palabras que necesita aprender ¿cómo dirá detergente, esponja, pan, leche?

En la cama Pequeña intenta recordar a su conejo marrón. Timoteo sigue en la memoria.

Intenta recordar a su primera maestra. Señor Adela sigue en la memoria.

Intenta recordar a la mariposa azul. No puede verla en la memoria, es un recuerdo que no está. Papá le ha contado que la mariposa azul se había posado en su dedo índice, que ella había reído, que las patitas le hacían cosquillas. Mariposa existió pero ella no la recuerda.

Lo mismo le sucede con los perros de la casa de la abuela, los nuevos van tapando el recuerdo de los que ya no están.

Pequeña teme que igual suceda con las palabras. No quiere pensar en eso, en que puedan perderse u olvidarse. Las palabras son de ella, ella las aprendió. Había muchas volando eran de todos y de nadie. Hasta que ella aprendió a leerlas, a escribirlas, a guardarlas como su tesoro.

El sueño llega inquieto desde que aparecieron las valijas. Hay muchas preguntas y pocas respuestas, demasiados pensamientos brincando en su cama.

La casa se va llenando de cajas. Las cajas se van llenando de las cosas que deben encontrar otro hogar porque al otro país solo se lleva ropa y papeles importantes.

En las cajas hay objetos que Mamá cuidaba mucho: las cacerolas enlozadas, el secador de cabello, la azucarera, el cofre de recuerdos.

También hay cosas que Papá nunca le prestaba para jugar: la linterna, el martillo, los aviones de madera. Ahora vaya a saber quién jugará con todo eso, Pequeña piensa que eso es muy injusto.

Mamá a veces llora, Pequeña no entiende porqué. Mamá le cuenta hermosuras del nuevo país, pero a veces llora y Pequeña no entiende porqué.

Pequeña ha preguntado si al nuevo país puede llevar un cuaderno. Le han dicho que sí. Pequeña escribe todas las palabras que ha aprendido, cada día escribe. El cuaderno se va llenando de letras en fila.

Ya no hay televisor porque lo han vendido. Ya no hay rompecabezas porque los han regalado. Por lo menos se entretiene escribiendo, dice Papá cuando mira el cuaderno.

Mamá está cansada de desordenar para ordenar. La casa es como un bosque geométrico de cartón. Cajas por aquí, cajas por allá. Pequeña rescata el cuaderno de una pila de libros. Por poco también termina en una caja.

–Mamá ¿en el otro país entenderán mis palabras?

–No, creo que no.

Pequeña le muestra todas las hojas que lleva escritas en su cuaderno.

Mamá hace una media sonrisa. Se queja de dolor de espalda. Dolor de cabeza. Hace tres noches que no canta junto a la cama.

Pequeña aprieta el cuaderno en su pecho y se va a dormir. Esa noche sueña que en el nuevo país el viento sopla fuerte, abanica su cuaderno y le vuela las palabras. Pequeña ve los renglones vacíos. No tiene palabras para leer y cuando quiere hablar se da cuenta de que tampoco tiene palabras para hablar. Estar sin palabras es lo mismo que no estar, le dice el gato de los dibujitos animados. Las personas no la ven a ella ni al gato. Pequeña se despierta angustiada.

–He soñado muy feo.

Le cuenta a Mamá.

Mamá también tiene un nudo con palabras, pero eso solo ella lo sabe. Comienzan a llegar familiares, ese día pasa mucha gente por la casa, llegan con abrazos, se van con lágrimas y alguna caja.

La luna entra completa en la ventana porque ya no hay cortinas.

Pequeña se ha puesto el pijama.

–Tengo miedo de volver a soñar feo, mamá.

–No te preocupes, no perderás las palabras, en la familia seguiremos hablando en nuestro idioma.

–¿Solamente en la familia?

Mamá se encoge de hombros, Pequeña siente que su tesoro no es tan valioso como ella pensaba.

–¿Entonces mis palabras?... mis palabras... ¿ya no me servirán para hablar con la gente?

–Es que en el otro país no hablan con nuestras palabras, tienen las propias.

–Pero yo no sé esas palabras.

–Las aprenderás.

–¿Y las palabras escritas? ¿También son diferentes o sí podré leer?

Mamá tiene unos ojos que hablan. Pequeña comprende que lo escrito y lo hablado es lo mismo, ella no sabrá ni lo uno ni lo otro. El nuevo país la transformará en muda, en ciega de palabras. Un aire filoso se le mete en la garganta, Pequeña se tapa la boca con las manos, abre más grande los ojos, no respira por un instante. Acaba de comprenderlo es como ser bebé de nuevo. Todo deberá señalar hasta que aprenda a hablar. ¿Por qué?! ¿Por qué le hacen esto?! Pequeña siente que es horrible ir a un país con otro idioma. Tiene miedo.

Llora.

Mamá quiere abrazarla pero Pequeña la rechaza.

Mamá también llora.

Pequeña toma su cuaderno y le arranca las hojas, algunas salen enteras, otras rasgadas a la mitad.

Los papeles arrugados hacen un montoncito a sus pies.

Papá llega y no entiende. Pequeña llora, Mamá llora. Pequeña corre hacia su cama. Otra noche que se duerme sin canción.

Al día siguiente casi ya no hay cajas. Las valijas han quedado a la vista.

Papá se sienta junto a Pequeña y le entrega un regalo.

Pequeña abre el paquete. Es otro cuaderno, tiene un rótulo con su nombre. Muchas hojas ya están escritas, es la letra de Papá.

Papá ha recogido las hojas del piso y ha copiado las palabras, pero no las puso en fila como había escrito Pequeña, lo ha hecho en columna y al lado de algunas ha escrito la traducción en el idioma del otro país.

Recorre el espacio vacío con el dedo índice.

– Aquí podrás escribir las palabras que vayamos aprendiendo. Las dos columnas valen por igual. Y en grande en la tapa del cuaderno está tu nombre: Clara. Porque aquí y allá siempre serás Clara, nunca te hará falta la traducción.

Clara busca los lápices de colores y dibuja un corazón junto a su nombre. Pinta flores en algunas hojas, como mariposas de tinta se han posado algunas palabras del nuevo país y al leerlas, Clara comienza a sentirse un poquito más grande.

2.

MAMÁ, LULA Y YO Michelle Rincón Cortés

Mi nombre es Jeremias, tengo seis años y soy de Honduras, ahí vivía con mamá, mi hermanita y mi mascota Lula.

Mi mamá tiene unos ojos enormes color café, como los granos de la pizca o los ojos de un buho, una sonrisa que me recuerda a la luna cuando solo se ve una curvita brillante, su cabello es largo y negro como el carbón.

Mi hermanita Escarleth es dos años más chica que yo, tiene 4 años ,me gusta mucho jugar con ella a las trais, a las escondidas y saltar la cuerda.

Y mi perrita Lula es mi compañera de aventuras, ella corre a donde yo voy, me gusta abrazarla y contarle mis secretos, cavar juntos hoyos en la tierra y ponerle mi ropa cuando mamá no me ve. Lula es chaparrita, es de color blanco y tiene manchitas en su pelaje, es muy peludita y siempre quiere jugar.

Una noche mamá nos levantó de la cama en la madrugada, nos tapó con cobijas y salimos a la calle, ella cargaba unas mochilas, a lula mi perrita la traía amarrada de un mecate y a Escarleth en sus brazos

“¿a dónde vamos?” le pregunté

“Con tu tía Lisa” respondió

Lisa no era mi tía, era la comadre de mi mamá pero así le decía ella. Llegamos rápido a su casa , no estaba taaan lejos, llegamos a su casa, abrió la puerta y comenzaron a platicar. Mi mamá le decía que estábamos por iniciar ya el viaje.

¡Ah! por eso las mochilas, pensé.

“Mamá amá , ¿podemos llevar a Lula con nosotros?”

“No Jeremias ,Lula se quedará con Escarleth en casa de tu tía Lisa”

“Pero por qué mamá, ¿Scarleth tampoco nos acompañará?”

“No hijo, se quedara con tu tía y también Lula, tu me vas a acompañar por que ya estas más grande y me tienes que ayudar, ¡todo va a salir bien! ” Mientras le brillaban los ojos, no de alegría, de tristeza.De pronto sentí una gota y otra y otra recorriendo mis mejillas, un nudo en la garganta como si se me hubiera atorado una manzana y no pude más, comencé a llorar, a suplicarle que nos acompañaran, así que le dije que yo podía cuidar a Lula, no me quería separar de ella, siempre me había acompañado en todas mis aventuras. le prometí que yo la cuidaría

“Mama yo le prometo que voy a cuidar a Lula en el camino”.

Y me respondió: “Jeremias tendrás que cargarla cuando ya no pueda caminar, tener una botella de agua para ella, sus bolsitas y cobija además algo de comida ¿puedes con todo eso?, No estaremos en un hotel o viajaremos en avión, tendremos que caminar mucho y acampar en la calle y serán muchos días”

“¿Cuántos mamá?” le pregunté.

“Muchos Jeremias”

“Pero dime un número, son 4, 5, 18, 30, 100”

“Muchos Jeremias”

“Lo prometo mamá lo prometo en serio, prometo cuidar de Lula”. Sentía que mi corazón latía muy rápido, “prometo que aunque me canse la cargaré”.

Mamá no muy convencida asintió con la cabeza, y dijo, “Vete a despedir a Escarleth”.

Escarlet aún no despertaba, así me acerque a darle un beso en la frente y dejarle mis muñecos favoritos para que se acordara de mí.

Mamá me tomó del brazo muy fuerte y salimos corriendo de ahí, ella, Lula y yo.

Saliendo del pueblo mi madre me dio la mochila que yo usaba para la escuela, metió una botella de agua, la cobijita de Escarlet, unos sandwiches y la comidita de Lula que iba a dejar con la tía Lisa.

Se agacho a mi altura me miro a los ojos y me dijo “Jeremías mi muchacho valiente. ahora usted me acompañara, quiero que sepa que lo amo mucho, mi amor es tan grande así como las estrellas, mire hacia arriba mi chulo, vea que precioso y quiero que sepa que vamos a llegar con bien”.

Al escuchar eso me dio un escalofrío, la abraza y le dije la amo mucho mamita.

En el camino los tres nos íbamos acercando mas a un grupo de personas, eran muchisimas algunos venian con otras niñas y niños, traían mochilas, y bolsos grandes.

Le pregunté a mi madre que pasaba, me respondió: “Jeremias estas personas también van a buscar a su familia, como nosotros a tu papá, vamos a viajar con todos, no te me despegues en ningún momento”.

Y al igual que Lula me amarró a su cintura con algunos estambres de colores, azul, rojo, amarillo, morado, naranja.

“Que bonitos colores como los del arcoiris verdad mamá”.

“Si hijo”.

Empezamos a avanzar todos juntos, Lula se jalaba porque quería jugar con una niña chiquita, como de la edad de Escarleth, pero yo le decía: “Silencio Lula, guarde silencio”.

Así pasaron unos días tantos que ya había perdido la cuenta yo le decía a mi mamá que ya me había cansado y en ocasiones hacíamos paradas para dormir. Mi mamá puso una carpa, yo nunca había acampado y me sentí muy emocionado “Mira Lula mira, vamos a acampar”. Mi mamá hizo el tendido y nos metimos los dos. Saqué de la mochila un lápiz y mi cuaderno, comencé a dibujar lo que veía, Afuera se quedaba gente despierta ellos decían que para cuidarnos, algunas abuelas y señoras hacían un poco de cena, los comales con las baleadas, las ollas con atole de elote, ese olor delicioso me recordaba cuando con la tía Lisa y mi mamá preparaban comida para todos los de la cuadra.

Mamá hizo una llamada para platicar como íbamos, de pronto escuché que mencionó que iríamos con la abuela, ¿La abuela?, nunca había escuchado de ella, pegue mi oreja a la carpa para escucharla mejor ya que estaba afuera. No Lula no me lambees la cara hagase pa´ allá. Mi mamá decía que la abuela estaba en México, ¿donde será eso?¿faltara mucho?, mis pies me punzaban, me quite los zapatos, hay que agusto sentí y a Lula le ofrecí un masajito con mis manos, pobrecita ha de estar igual de cansada. Mamá se acercó y rápidamente me hice el dormido tapándome, deje un huequito entre las cobijas y vi como saco sus chancletas de la bolsa. de pronto me quedé dormido.

Al despertar ya estaba en un camión con Lula a mi lado, ¿abra sido magia? ¿como me moví hasta ahí?, bueno vi a mi mamá y la abracé, le pregunté “¿dónde estamos?” y me dijo: “Nos dieron un raite, ya estamos en Guatemala”.

“¿Ese es otro país mamá?”

“Sí, hijo”.

Volteé al rededor y solo había algunas familias, los demás venían detrás de nosotros a pie, seguíamos siendo muchos. Por la tarde nos bajamos con los demás y seguimos caminando, algunos empezaron a decir que era la última parada “¿que significa eso mamá?”

“¿Que ya no vamos a caminar hijo, tenemos que subírnos a una lancha”

“¿A una lancha?, ya viste Lula seremos como pescadores, o mejor como marineros en busca de aventuras”, la cargué emocionado imaginándome dirigiendo un barco grandote.”

“Mamá ¿como le vamos a hacer entonces?”

“Hijo vamos a tener que dejar cosas”

“¿Por qué mamá?”

“Por que son barcos pequeños”

“¿Pero y mis chamarras, mi ropa y tus cosas?”

“Solo llevaremos lo importante”

Tomó unos papeles y los metió a la bolsa pequeña, yo solo traía mi mochila así que la pude llevar conmigo.

Cuando llegamos a las lanchas estas eran de llantas y había un señor con un remo, nos subimos los tres y otras tres personas, por un momento sentí miedo.”hay muchos mosquitos, no me gustan los mosquitos por que me dejan ronchas y luego me da comezon”.

Voltee a ver a Lula y estaba temblando. La abracé y acaricié para que estuviera tranquila, yo también tenía miedo y mucha hambre. Ví que ya casi tocábamos tierra, así que bajamos, mis zapatos se mojaron, los de mamá también y las patitas de Lula. La gente que estaba bajando de las demás lanchas corrían también a la tierra, algunas emocionadas, otras llegaron a descansar en la orilla, nosotros acompañamos a un grupo que continuó caminando y cuando nos detuvimos volvimos a poner la carpa, yo tenía mucho frío y al mismo tiempo sentía mis mejillas y frente calientes, mamá me tocó la frente y dijo tienes fiebre, me cambio de ropa por una seca y me dijo “Descansa hijo yo voy a buscarte medicina”. y salió de la carpa. En un rato volvió y me dijo “Acompáñame”. Salimos, habían unas personas con chalecos de diferentes colores, algunos azules y rojos, llegamos a una carpa muy bonita y grande, eran doctores y doctoras.

“¿Mamá me van a vacunar?”

“Tal vez amor”

“¿Y a Lula también?”

“Yo creo que sí”

Una doctora me dijo mi nombre. “Jeremias pasa conmigo por favor”.

Yo estaba nervioso, ¿que le tenía que decir o hacer?, ella revisó mi corazón, mis dientes y oídos, me peso, me dió medicina y al final si me puso una vacuna, solo cerré los ojos y agarré el brazo de mi mamá.

“Auch”, sentí un piquete, como un pellizco. Pero fui valiente y ¡no llore!

“Ves que estas bien amor”, me dijo mi mamá

“Si estoy bien”

“Te ganaste una paleta Jeremias, ahora ve con los demás en lo que hablo con tu mamá”. dijo la doctora.

Di unos pasos y había otras personas, me dieron un cambio de ropa caliente, una charola con comida y al terminar había un espacio para jugar con unas maestras, así que dibujé, mientras

lo hacía recordé a mi hermana Escarleth así que la pinté, también a la tía Lisa y a mi casa, ¿que estarán haciendo? Me gustaría llamarles. Luego recordé que Lula se había quedado en la carpa y salí corriendo con mi mamá otra vez.

“Mamá, mamá llévame con Lula no ha comido”

“Ahorita vamos Jeremias”. La tomé de la mano, ella se despidió de la doctora y fuimos a la carpa. Ahí estaba Lula, aún tenía mi charola y le dí de comer lo que me quedaba, mientras le rascaba su lomito y ella movía su rabito.

“Mamá ¿ahora qué va a pasar?”

“Jeremias tenemos que esperar unos días aquí y después iremos con tu abuela”.

¿Esperar más días? ¿ir con la abuela?, ¿quién es la abuela? pensé “Jeremias se que no te había contado de la abuela, es la mamá de tu papá, ella vive aquí en México y nos encontraremos con ella después, tenemos que quedarnos unos días por que nos darán un permiso”

“¿y que es eso mama?”

“Es para poder caminar aquí en México”

“Ok mama, ¿Lula también necesita uno?”

“Si amor, tendrán que ponerle vacunas y nos darán sus papeles”.

“Genial Lula, tendremos nuestros permisos para ir a ver a la abuela, ¿Lula cómo crees que sea ella?, ¿Será alta o chiquita?, tendrá el pelo blanco, café, negro o tal ves hasta amarillo.

¿Qué le gustara hacer?, ¿cuantos años tendrá? ¿En que trabajará?, estoy emocionado, ya quiero conocerla”.

Pasando unos días Mamá, Lula y yo pudimos salir de Tapachula, creo que así se llama por que lo ví en un letrero grandote que estaba en la calle, tuvimos que buscar una jaulita para Lula por que vendría con nosotros en el equipaje del camión. Fueron varios días de viaje, no fue nada fácil viajar sin Lula a mi lado, cada que nos deteníamos iba a buscarla para acariciarla y decirle que estaba con ella, después mamá y yo íbamos a buscar algo que comer, porque teníamos que regresar rápido al camión. Las personas de ahí fueron amables, me regalaron unos crayones y unas hojas para no aburrirme tanto. También dibujaba en las ventanas, las soplaba y con mi dedo dibujaba lo que iba viendo, arboles, animales, casas y personas. Fue hasta que por fin llegamos a Ciudad de México, cuando bajamos del camión me sentí libre, estaba muy cansado sentía que me iba a quedar así chueco como iba sentado, tomé la mano de mi mamá y le dije “vámonos por Lula” .

Pasamos por ella y esperamos ahí a que pasara un taxi, la ciudad era muy grande, también las calles, habían muchos carros, estaba muy nervioso, mamá hacía una llamada y apuntaba en su brazo algo, colgó y llegó un taxi, me daba un poco de miedo subir pero mamá dijo “va, entremos”. Nos subimos los tres.

Le pregunté a mi mamá si ahí también estaría mi papá, “hace mucho que no lo veo, creo que ya no recuerdo su cara, pero me emociona tener con quien jugar”.

“No Jeremias tu papá no esta ahí, es la mamá de tu papá a quién veremos ,tu abuela Tita”.

“¡La abuela Tita!, Lula, cada vez estamos más cerca de resolver este misterio”.

Llegamos a un puesto de jugos, entonces ¿mi abuela es vendedora?, que bonito puesto, había muchas frutas, miel y aguas.

“¿Como estas Tita?, hace mucho tiempo que no te veo”. dijo mi mamá “Asi es Elena hace tiempo”.

“El es Jeremías y Lula”

“Ah mira hasta el perrito se trajo en el viaje, que bonita esta tu mascota Jeremias”

“Gracias Tita”, aún me daba miedo decirle abuela.

“Quieres un jugo, ¿un coctel de frutas?, ¿Un licuado?”

“¿y como esta todo eso, de qué es?”

“Mira, el jugo puede ser de naranja, el coctel le puedo poner melón, papaya, plátano, mango, jícama y hasta frutillas con un poco de miel o lechera. Y el licuado lleva leche y fresa”.

“Todo suena muy rico, que tal el que dijo que tenia muchas frutas, y ¿para Lula tendrá algo?, la verdad es que si tenemos mucha hambre”.

“Ah mijo, para eso hay que ir a la tienda, denme unos minutos en lo que te preparo tu fruta, cierro y nos vamos”.

Yo la ayude a meter unas sillitas, los letreros y acomodar la fruta. Cerramos todo y nos fuimos caminando, yo ya no quería seguirles el paso pero Lula estaba contenta de caminar.

Llegamos a casa de Tita, tenia unos cotorros que hablaban que me sacaron un susto ¡hay! grite al oír una voz que me decía “Hola,holaaa rrrrrrr “.Tita y mi Mamá comenzaron a reír.

“El es Felipe , no te asustes Jeremias, es mi cotorro y sabe decir algunas palabras”.

“Que bonito es Tita ¿cuantos años tiene?”

“Ocho Jeremías, ya esta viejito”.

“Viejito, pero si yo tengo seis, entonces cuando tenga la edad de Felipe seré un viejito”

“No Jeremias es diferente en los pericos”

“Ah bueno”. No entendí lo que dijo yo creo que entonces si voy a ser un viejito a los ocho.

Mi mamá le pidió permiso a Tita para dormir en la sala, mientras yo y Lula nos dábamos un baño con agua bien calentita. Al terminar vi todas las fotos colgadas que tenia Tita, ella se veía más joven y había dos niños a lado de ella. Tenía fotos en unas pirámides, también en un lugar con muchas banderas, con santos. Tita también tenía muchos adornos, creo que le gusta coleccionar figuritas, ¿podre jugar con ellas?, las levanté y eran pesadas, algunas eran de vidrio y otras de plástico. Unas pequeñitas que tomé para jugar tumbado en el suelo mientras Lula se secaba en el patio por que la abuela no quería que mojara la alfombra. Su casa era pequeña tenía un solo cuarto, su baño, la sala y por suerte tenía un patio. Que alegría tener un patio”, en casa no teníamos uno. En eso mamá se despertó de su larga siesta, parecía asustada así que le dije tranquila, tranquila, estoy contigo, mi mamá sonrió y me dio un beso en la frente.

“Mira que chulo te ves Jeremias, ¿Lula donde está?”

“En el patio mamá”

“Ah bueno, hay que marcarle a tu hermana y tu tía Lisa, se van a poner muy contentas de escucharnos”.

“Bueno”. Era Escarleth hablaba muy bien que hasta dude que fuera ella “¿Como está mi amor, que estás haciendo?”

Escarleth al escucharla empezo a llorar- mi mamá solo le decía: “la amaba mucho, pronto nos veremos”. Yo también lloré un poquito. Mi mamá siguió hablando con mi tía Lisa un ratote, después colgó. La abuela Tita nos llamó a la mesa, estaba servida la comida, parecía que tenía un don con todo lo que cocinaba. Nos sentamos y mientras comíamos le pedí a la abuela permiso para meter a Lula. Me dijo que sí, así que corrí a abrirle, le pasaba a escondidas pedacitos de carne y tortillas.

Mamá y Tita comenzaron a hablar, dijeron que trabajaríamos los tres en el puesto de jugos y que Lula nos acompañaría, no quedaba tan lejos así que yo estaba contento.

A la mañana siguiente nos pusimos los mandiles y todos salimos, acomodamos las sillas y los carteles, Tita nos enseñó como hacer todo. A mi me gustaba mucho platicar con la gente, les preguntaba en dónde trabajaban, qué les gustaba hacer y si tenían hijos, como Lula siempre estaba con nosotros la acariciaban y jugaban con ella, hasta le compramos su mandil para que estuviera como nosotros. Un día mientras gritaba en el puesto “Jugos jugos, pasele a los ricos jugos” por que a mí no me daba pena, se acercó un cliente y me dijo: “Usted es catracho”.

“¿cómo lo sabe?” le respondí.

“Se le escucha en su voz”.

¿Cómo sabe ese señor de donde vengo solo por mi voz?, pensé ¿será siempre así con todas las personas?, que por su voz podemos saber de dónde vienen.

“Dame un licuado de frutas”.

“Sale un licuado de frutas Tita”, y le pregunte “¿Usted de donde es?”

“Tambien soy de Honduras, solo que llevo aquí muchos años”

“Ah sí, ¿cuántos?”

“Como 13, tengo un hijo aquí de 10 años”

“Oh, ya está viejito entonces”, le dije. Y solo se echó a reír, se tomó su bebida, pagó y se fue. Así estuvimos mi mamá, Tita, Lula y yo, nos quedamos varios días, más de 10 o 17, tal vez 40, yo sentí que eran muchos y pensé que nos quedaríamos a vivir para siempre ahí con la abuela, hasta que un día mamá me despertó y dijo: “Vámonos Jeremías, nos tenemos que ir ahorita”.

Tita ya estaba en la entrada de la casa con Lula en sus brazos.

“¿Mamá por qué nos vamos a ir?”

“Por qué vamos a seguir el viaje”

“¿tan pronto?”

“Sí Jeremias, ya estamos listos”.

“Y ¿adonde vamos a ir?”

“A Tijuana por que vamos a cruzar a Estados Unidos”

“¿a donde?”, le volví a preguntar “Con tu papá”, respondió,

Le dije “está bien mamá, agarrá a Lula y vamos”.

Pero mi mamá no tomó a Lula y me dijo, “Jeremías, Lula se quedará con la abuela, ya no puede acompañarnos en el camino”.

“¿Por qué mamá, si Lula siempre va con nosotros?”

“Si Jeremias pero Lula ya esta muy cansada, aquí tu abuela tiene patio, la va a cuidar mucho y le hará compañía. Acuérdate que la abuela se quedará sola y Lula seguirá yendo con ella al puesto de jugos” .

“Pero ¿por que mamá?, no quiero que se quede Lula, yo la amo, es mi mejor amiga”.

Se agacho mamá, me miro a los ojos y dijo, “Lula no puede acompañarnos por que no puede cruzar, a ella no la dejan entrar a ese país, tendrá que esperarnos con la abuela Tita.

Yo se que la amas y ella te ama a tí, todo va a salir bien ,aquí la cuidarán muy bien y tendrá un patio y una casa para vivir y le van a hacer muchos cariñitos”.

Abracé a mi mamá y me puse a llorar, no podía parar, las lágrimas no dejaban de salirme, ahora sí que no podía detenerlas, no quería ver que nos alejamos de ella, me quedé así un rato y después mi mamá me limpio la cara, me soné la nariz, me arme de valor y me acerqué a ella para despedirme. Le dije que Tita la cuidaría muy bien y que íbamos a cumplir la promesa de estar en una casa con patio, tal vez no juntos pero lo habíamos logrado.Por que es importante cumplir las

promesas La abracé y me lamió la cara y movió el rabito, eso quiere decir que estaba contenta de quedarse . Abracé a la abuela y nos fuimos en el taxi. Sentir la mano de mi mamá ,tomando la mía me hizo sentir que todo estaría bien. Pasan los días y cada que veo una nube creo ver a Lula ahí, se que viaja conmigo y que me cuida, siempre estaremos juntos. Para llegar a Tijuana tuvimos que subirnos a otro camión, recuerdo una carretera que se sentía como una montaña rusa, dimos muchas vueltas, podía ver el desierto ahí había cactus y otras plantas, ¿por que estará tan seco todo?. Cuando finalmente bajamos no traíamos muchas cosas, llegamos a una parada de taxis de ahí, mi mamá comenzó a preguntar a la gente que pasaba por un hotel o un albergue. ¿que será un albergue?, nos terminamos subiendo a un taxi con líneas moradas, porque los taxis son todos de diferentes colores en el camino pasamos cerca de unas paredes grandotas de metal, yo le pregunté a mi mamá “¿qué es eso?”

“Es el muro”

“¿Qué es el muro?”

“Pues, hijo el muro es...” se le cortó la voz por un momento, ¿que le habrá pasado?,

“¿mamá, estás bien?”

“Si Jeremías, disculpame, el muro lo ponen las personas que tienen miedo, este separa las familias, es como una pared gigante que recorre mucha tierra. Tal ves no te hayas dado cuenta pero hemos cruzado muchos de estos muros, no todos son iguales algunos son de agua, algunos son de tierra o metal. Lo importante es que ya llegamos y pronto estaremos al otro lado, con tu papá, ¡que emoción!”

“Y ahorita a dónde vamos”

“A un albergue donde hay más mamás con niñas y niños.”

Que nervios como será ese albergue del que habla mamá, espero hacer amigos.

Pasaron unos meses , mi mama firmo muchos papeles de unas personas a los que les decían los abogados , siempre que venían mamá platicaba mucho con ellos, hasta que un día, mamá se despertó muy temprano, me dio un beso y me abrazó y me dijo “Jeremias, hoy vamos a cruzar el muro”

“Yupiiiiiiiiii, ¡que emoción! Me despedí de todos mis nuevos amigos,eran tantos que nunca me aprendi el nombre de todos ,al salir del albergue todos me aplaudieron. Llegamos a la pared grandota, mi mamá no tenía miedo y un señor dijo fuerte su nombre “Elena y Jeremias Rodriguez, pasen” Y ahora ya estamos al otro lado, en los Estados Unidos. Mi mamá firmó muchos papeles antes de subirnos al camión, mi papá estaba ahí esperándonos, mi mamá y yo corrimos a abrazarlo, no recordaba que mi papá era tan alto, nos abrazamos los 3 y de mi corazón sentía muchas estrellas rodeandonos, no sabía que existían las lagrimas de la felicidad . “Nunca me hubiera imaginado viajar tanto, pasar por tantos países y ver a tantas personas que como yo acompañaban a sus papás, tener que dejar parte de mi familia , pero papá y mamá dicen que pronto estaremos todos juntos.

Mamá dice que no hay que perder la esperanza , porque la esperanza es la que mantiene el corazón encendido.Y yo siento mucha esperanza en mi corazón”.

3.

EL VUELO DE LA MARIPOSA

Aleida Villa

--Despídete de tu tía, Luis --le insistió su mamá sosteniendo a su hermanito de tres años que lloraba entre sus brazos--, dale un abrazo.

Pero Luis, un niño de nueve años, generalmente alegre y pícaro, no quiso acercarse a su tía. No podía abrazar a nadie y solo les lanzaba una sonrisa tímida.

--Ay Luis --lo reprochó su mamá. Sus ojos estaban cristalinos y rojizos tras despedirse de la mitad del vecindario, las calles, y hasta el mismo viento que entraba por las puertas del aeropuerto.

--Está nervioso --dijo su tía atrapándolo por la espalda y abrazándolo del cuello--, porque es la primera vez que vuela. Le plantó un beso en su cabeza y lo despeinó juguetonamente.

De pronto hubo muchos besos, abrazos, más lágrimas y unas últimas palabras de aliento y buena suerte. Luis y su familia caminaron hacia la puerta en donde los esperaba el avión al Norte y vieron por última vez los brazos extendidos y ondulantes de sus familiares.

El movimiento de la gente con sus maletas rodantes le impresionó. Al pasar por la puerta detectora de metales cerró los ojos anticipando dolor o algo peor, pero no sintió nada y suspiró profundamente cuando el aparato no hizo sonido alguno. Para su papá sí había sonado tras olvidar quitarse el cinturón con la hebilla de metal que encendió la alarma. Era la primera vez que él viajaba en un avión también, y estaba tan nervioso como Luis.

El pasillo en el avión era largo y luminoso. La gente empujaba buscando llegar a sus asientos lo más pronto posible. Luis presionó su mano sobre la espalda de un hombre que iba frente a él, evitando a toda costa ser apachurrado. Su padre atrás de él, cargaba a su hermanito que se agitaba emocionado por ver tanta conmoción a su alrededor.

--Tú vas aquí-- le dijo su papá jalándolo hacia el asiento que acababa de pasar.

--El del pasillo es tuyo. Nosotros estamos aquí. --dijo su mamá indicando los dos asientos frente a él.

Aunque el ajetreo continuaba, sintió sus músculos relajarse tan pronto tocó el asiento. Se sentía más seguro ahora que estaba fuera de ese torrente de personas parecidas a hormigas que buscaban meter sus cargas en cualquier agujero disponible. Pero el asiento a su lado aún estaba desocupado, y empezó a observar a todos los pasajeros que bajaban por el pasillo. ¿Quién sería su compañero de viaje?

Había muchos americanos que regresaban a casa tras las vacaciones de verano; a unos se notaba habían disfrutado demasiado del sol y regresaban con su piel colorada como tomate, algunas mujeres pasaban bronceadas y con su pelo rubio peinado en trencitas y con bolitas de distintos colores. Se veían muy extrañas con sus cabezas rayadas como si fueran tierras aradas para cultivar.

Con mucho escándalo subieron al avión varias niñas portando un uniforme azul grisáceo y mochilas multicolores. Era una tropa de niñas exploradoras guiadas por un hombre que portaba el mismo uniforme. Aunque a las niñas les quedaban bien los pantaloncillos cortos y el pañuelo

amarillo y naranja enrollado como corbata, al hombre alto y flaco se le veían ridículos. De su cuello colgaba una cámara, un silbato y varias micas con pasaportes americanos.

El hombre observaba los boletos de vuelo mientras bajaba por el pasillo indicándoles a las niñas sus asientos. No obstante, Luis observaba como ellas sigilosamente cambiaban sus lugares por el que estuviera más cercano a sus mejores amigas. En veces discutiendo por sentarse a lado del pasillo, o discutiendo por acaparar la ventana, chillando de alegría y emoción por el vuelo o el viaje realizado. Luis pensó en las niñas de su salón y el escándalo que hacían cuando se juntaban en el patio. Al parecer en México y en Estados Unidos y tal vez en todo el mundo las niñas eran iguales.

El hombre uniformado ahora estaba a su lado. Observó el número de asiento y el boleto unos segundos antes de mirarlo a él detenidamente. Luis siempre se sentía incómodo cuando lo observaban así, y el hecho de que fuera un extranjero por alguna razón hacia más pesada su mirada. Pero el hombre solo lo vio por un segundo y rápidamente volteó hacia la única niña que aún lo seguía y le indicó:

--Emma, you're sitting here.

--But I want to sit with Sam.--renegó Emma con la misma cara que Luis le ponía a su mamá cuando le pedía veinte minutos más jugando en la banqueta con sus amigos.

--Sorry Em.--le dijo el hombre indicándole pasar al asiento de la ventanilla mientras él tomaba el asiento atrás de ella.

--Excuse me.--Dijo Emma desconsolada al pasar frente a Luis. Su mochila roja tan rellena que la hacía parecer más una mariquita gigante en vez de niña.

Luis notó que eran de la misma edad, iba peinada con dos trenzas pelirrojas que terminaban sobre sus hombros con ligas de plástico que combinaban con su pañuelo enrollado. Se sentó de golpe y bajando la mesa de servicio frente a ella, empezó a sacar de su mochila revistas, audífonos, golosinas y un estuche con un juego electrónico. Luis reconoció el juego, su amigo Jaime tenía uno igual que su papá le había enviado desde Kansas en la última Navidad. Jaime hablaba por teléfono con su papá cada semana, pero tenía años sin verlo de frente. Pensó que él y su familia tenían suerte de poder viajar juntos a otro país sin preocuparse por los que se quedan o los que se van.

Emma le sonrió levemente, metió su mochila abajo del asiento, y se colocó sus audífonos mientras los pasajeros continuaban relleno los espacios vacíos de la cabina.

La bocina del avión dejó salir un leve timbre, y el capitán pidió que apagaran todos los aparatos electrónicos mientras cerraban las puertas. Varios teléfonos celulares sonaron como una pequeña orquesta desafinada hasta que todo quedó en silencio. Pero Emma, con sus audífonos puestos, no reaccionó. Luis tocó su brazo y ella volteó sorprendida.

--El capitán pidió que apaguen todos los aparatos.--Dijo en voz baja, apuntando hacia la bocina. Pero ella no pareció entender y lo observó a él y a su dedo con curiosidad.

Él había tomado clases de inglés en la escuela, pero no por mucho tiempo y sus calificaciones nunca fueron muy buenas. Ahora trataba de recordar lo que su maestra le había enseñado y se arrepintió de no haber puesto más atención. Organizó algunas palabras y dijo mientras movía su cabeza de forma negativa y tocaba sus propias orejas:

--Capitán say no music please. No electronic.

Ella parecía estar digiriendo las palabras cuando el capitán repitió la información ahora en perfecto inglés, aunque con un fuerte acento mexicano.

--Oh!-- dijo entendiendo y apagando su aparato--OK. Thank you.

Luis sonrió y ambos se abrocharon sus cinturones al mismo tiempo. Jamás le había hablado inglés a alguien que no fuera compañero de clase. Sabía que de hoy en adelante tendría que aprender muchas otras palabras para poder comunicarse.

El avión se posicionó sobre la vía de despegue y rodó lentamente hacia el final de la pista. Los nervios lo invadieron y tocó delicadamente el bolsillo derecho de su camisa para ver si los latidos de su corazón traspasaban la tela.

Un fuerte rugido inundó la cabina y el avión tomó velocidad hasta que se separó del suelo. El cuerpo de Luis se presionó sobre su asiento mientras la nave se elevaba y nervioso quitó su mano del bolsillo para sostenerse de la codera del asiento. El avión crujió y vibró mientras varios objetos se reacomodaron en su interior.

--It's OK--le dijo Emma sonriente, tratando de tranquilizarlo al ver su cara preocupada. Al parecer no era la primera vez que volaba, pues no se veía nada nerviosa.--Look outside.--Le dijo en vano apuntando hacia los diminutos edificios de la ciudad afuera de la ventanilla. Pero él solo veía la cartilla del procedimiento de emergencia en el respaldo del asiento que ocupaba su papá. Intranquilo y avergonzado esperaba que el avión encontrara su equilibrio y a que los sonidos del motor se convirtieran en un leve zumbido airoso para despegarse de las coderas.

El padre de Luis volteó tan rápido como les permitieron desabrochar sus cinturones. Se le veía un poco de sudor en la cara. --¡Inguesu! ¿Estás bien?

--Sí.--Dijo por fin sonriendo, ahora lleno de emoción por ver nubes afuera de la ventanilla.

--¿Apoco te dio miedo?-- Le preguntó su papá de manera burlesca.

--¿A ti?--Preguntó acercándose a él.

--Poquito.--Dijo levantando sus brazos sobre su asiento, indicándole a Luis una anchura tan grande cómo una maleta. Emma había puesto atención a toda la plástica y los observaba con curiosidad.

--My father.--Dijo apuntando al asiento frontal. Ella sonrió de nuevo y tras escuchar a la azafata indicar que podían encender sus aparatos, volvió a sus audífonos y a una revista.

Aunque Luis lograba ver un poco de la vista a través de todas las ventanas a su alcance, sus pensamientos ahora no rondaban entre las nubes, sino mucho más abajo de ellas. Pensaba en su casa y en todo lo que dejaba atrás. Recordó a sus amigos y la comodidad de su cuarto. Su madre le había dicho que llegarían a casa de sus abuelos, por lo que no podían llevar muchas cosas. Tuvo que decidir qué era lo que valía la pena traerse consigo. Aunque tenía poco, todo era tan valioso para él que se le hacía imposible escoger unos cuantos objetos.

Sus pensamientos divagaban también hacia el recuerdo de su tío Julián y lo difícil que había sido para él y su familia cruzar a los Estados Unidos. Ellos no habían tenido la fortuna de obtener papeles, y su tío, tía y su primito Francisco, habían viajado a la frontera diez años atrás cruzando las frías y turbias aguas del río Colorado para entrar al país de manera clandestina. "Clandestina", le había dicho su papá, quería decir "sin que se dieran cuenta."

Sus abuelos también se habían ido al Norte. Después de muchos años su tío les había conseguido papeles y ahora todos trabajaban en su restaurante. Ahí trabajaría mamá como contadora, y papá en la cocina hasta que encontrara trabajo de mecánico.

Fue repentino. Mientras pensaba en preguntarle a su tío qué había escogido llevarse cuando cruzó la frontera, un pequeño movimiento dentro de su bolsillo lo sacó de su estado

pensativo y lo regresó a la realidad de la cabina. Creyó que tal vez había sido su imaginación, pero un nuevo movimiento lo alertó y se sobresaltó en su asiento.

--¡No puede ser!-- se dijo a sí mismo, bajando su mirada a hacia su camisa.--¡No ahora!

Habían sido dos meses atrás cuando se topó con él. Barría las hojas secas del patio cuando al acercarse lo vio ahí, pequeñito, tirado bajo el tronco del árbol de limones en el patio. Su mamá le había dicho que era un capullo, que una oruga se encontraba ahí dentro transformándose lentamente en mariposa.

--Pobrecita oruga. —dijo su madre sosteniendo el capullo que aun sostenía un trozo de la vara en que se había colgado. --Se rompió la ramita.

--¿Y si pego la ramita al árbol de nuevo?

--Tal vez funcione. Inténtalo.

Desde ese momento se dedicó a cuidar al capullo con esmero. Todos los días visitaba al curioso objeto cafoso y duro, quitaba cualquier basurita o telaraña cercana y revisaba que la cinta adhesiva con la que había pegado la rama aun resistiera. Anhelaba ver a la mariposa salir y abrir sus alas. ¿Sería roja, amarilla, tendría rayas o estaría cubierta de manchas?

Pero la semana del viaje había llegado, y el capullo estaba tan inmóvil y oscuro como el primer día que lo encontró.

--Corazón, tráeme lo que te vas a llevar.--le dijo su mamá mientras hacia las maletas.

--No lo he decidido aún--contestó recostado sobre el piso, ojeando la página de su libro de Ciencias Naturales que explicaba el ciclo de vida de una mariposa.--Es que tengo muchas cosas que me gustaría llevarme.

--Pero allá también hay muchas cosas con que reemplazarlas. Solo llévate lo que aprecies más. Algo pequeño que no cueste trabajo cargar. Y fue en ese momento que supo lo que iría con él a los Estados Unidos.

No fue fácil llevársela. Mamá había querido llevar algo de fruta a los abuelos también, y en la lista de cosas prohibidas estaba entre muchas otras; varios tipos de fruta y todo tipo de insectos. Pero este no es un insecto aun. Pensó Luis ingenuamente. Este es tan solo un capullo.

Un día antes del vuelo midió el bolsillo de su camisa y colocó un pedazo de cartulina doblada que creó una especie de cápsula para el capullo. Prefirió dejarlo en el árbol por la noche y lo tomó en la madrugada. Mientras sus padres terminaban de cerrar las ventanas, puertas y las llaves del agua y del gas, fue al árbol, midió la ramita que lo sostenía, y muy delicadamente la cortó y la acomodó dentro de su bolsillo de manera que el capullo quedara suspendido como si estuviera en un pequeño tendedero. Nadie lo había descubierto, ni siquiera las máquinas detectoras en la entrada del aeropuerto. Pero ¿Lo descubrirían ahora en el avión?

--Do you want a cookie?--dijo Emma extendiéndole una cajita de galletas de animalitos.

Luis tomó una pero sintió un rasguño en el trozo de cartulina y se precipitó al decir nerviosamente:--Thank you.

Emma desparramó unas cuantas sobre la mesita y dejó la cajita entre ambos asientos como invitándolo a tomar las que quisiera, abrió su estuche y se puso a jugar con el juego electrónico.

Luis aprovechó su distracción y con mucho cuidado sacó a la ramita, observando con detenido asombro lo que había esperado y deseado tanto; el capullo estaba abierto, y la cabeza y las dos patas delanteras de la mariposa ya emergían. Parecía descansar en intervalos de movimiento, exhausta por el esfuerzo de nacer en tan pequeño espacio.

--Wow!--expresó Emma totalmente maravillada por lo que su compañero de viaje había producido.--Look Mr. Jones!--dijo emocionada. Pero al ver que Luis cubría con su otra mano al pequeño insecto, y observar su cara aún más preocupada que cuando habían despegado, supo que estaba a punto de destruir un valioso secreto.

--What?--preguntó el hombre levantándose y observándola desde arriba del asiento. Ella rápidamente apuntó su dedo hacia la ventanilla y aparentó gran entusiasmo por las nubes que pasaban como algodones gigantes.--Look at the clouds... they look like sheep.

--Oh yeah. Very nice.--contestó el hombre con tono condescendiente.

En silencio y observando que nadie los hubiera descubierto, esperaron a que solo se escuchara el zumbido del avión y unas cuantas voces antes de atreverse a postrar sus cuatro ojos sobre la mariposa naciente.

Ambos observaban detenidamente como el pequeño insecto luchaba por salir. Lo que antes había sido un escudo protector, ahora parecía una apretada prisión que no le permitiría escaparse fácilmente.

--Beautiful.-- Susurró Emma sin quitarle los ojos a la mariposa.

Él la vio curioso. No recordaba el significado de esa palabra, aunque sabía que era algo bueno pues ella sonreía. Antes de que pudiera recordar la palabra ella repitió:--Muy bo-ni-ta.

Si, era muy bonita, sus alas ya empezaban a emerger y los colores blanco y negro alcanzaban a salir de la oscuridad del capullo. Luis recordó a algunas mariposas que había visto en su casa y se preguntó si serían parte de la familia de ésta. No había forma de saberlo ya, y varias dudas surgieron: ¿Qué le pasaría a la mariposa cuando llegaran a los Estados Unidos? ¿Qué sucedería si no le gustaba el clima, o las flores, o las otras mariposas? ¿Aprendería a buscar comida? Tal vez hubiera sido mejor dejarla en México.

--Look--dijo Emma, enseñándole la página de un libro que tenía fotos de un pájaro grisáceo, una bandera con una gran X roja, una mariposa y una jugosa y redonda naranja. En la parte superior de la página decía en letras grandes "Florida". --It's where we're going. --Florida--afirmó él, acentuando la letra i en lugar de la o como lo hacían los americanos.

--Yes--confirmó, y apuntando a la fotografía de la mariposa, leyó--Zebra Longwing Butterfly.

La mariposa era muy parecida a la que emergía entre sus dedos. Por alguna razón eso le trajo bastante tranquilidad. Saber que Florida tenía mariposas parecidas a la de él lo hizo pensar que no estaría sola, y que tendría amigas que le enseñarían su nuevo hogar.

--Where are you from?--preguntó Emma.

Luis sabía cómo contestar esa pregunta. Era de las primeras que había aprendido. Aunque la había practicado varias veces con su profesora y compañeros de clase, era algo vergonzoso utilizarla fuera del aula. Pero tragó saliva y pronunció lenta y perfectamente: --I am from Michoacán.

--Ah!--exclamó sonriente, y metiendo ambas manos a su mochila, produjo una pequeña cámara. La cámara tenía una pantallita que Emma empezó a manipular hasta que apareció la fotografía que deseaba. Le mostró la pantalla al momento que le dijo:--Michoacán.

Luis vio la foto y reconoció la cascada de la Tzaráracua cerca de Uruapan. Un pueblo muy bonito que había visitado con su familia. Emma se encontraba muy sonriente, posando con varias amigas de su tropa frente al torrente de agua y vapor blanco, todas vistiendo su uniforme de scout.

--Mexico-- pronunció con esmero--, muy, muy, muy bonito.

--Sí.--Dijo igual de orgulloso de haber nacido en un lugar que ella consideraba bonito.

La mariposa había salido completamente del capullo y se aferraba al exterior de la cápsula. Sus alas aun pegadas a su cuerpo la hacían parecer una flor abriendo pétalos. Se veía desorientada. ¿Sabría lo que estaba sucediendo? ¿Sabría acaso hacia dónde se dirigían? Luis pensó en las generaciones de mariposas Monarca que a pesar de viajar desde Canadá, siempre encontraban su camino a Michoacán. Pensó que tal vez ésta sería capaz de encontrar el camino al árbol en su vieja casa si no le gustaba Florida. Esperaba, sin embargo, que le gustara vivir en otro país.

Sus dedos se empezaron a atrofiar por sostener la ramita de ambos extremos y Emma lo notó. Tomó el estuche del videojuego y entreabriéndolo entre el hueco de ambos asientos le indicó que la pusiera ahí. La mariposa bajó del capullo tras unos minutos y, con sus nuevas patas se sostuvo del borde. Sus alas se veían más abiertas y el blanco más brillante frente al fondo negro del estuche.

El avión descendió después de un largo tiempo de vuelo, y la voz estática del capitán pidió que se abrocharan el cinturón para el aterrizaje. Afuera de la ventanilla Luis y Emma lograron ver la orilla del mar y los edificios multicolor de la gran ciudad de Miami.

El avión bajó de manera más brusca y la mariposa se movió un poco dentro del estuche. Sus alas estaban completamente extendidas y sus rayas blancas aleteaban lentamente mientras descubría el uso de su nuevo cuerpo.

La pista de aterrizaje apareció a unos cuantos metros de distancia. Se escucharon las llantas descender y las alas del avión se agitaron bruscamente mientras el piloto nivelaba la nave. El hule de los neumáticos golpeó el duro cemento a toda velocidad y descendieron por completo hasta empezar a desacelerar a su destino final.

--¿Y ahora te dio miedo?--le preguntó inclinado hacia el oído de su papá. Nuevas gotas de sudor se habían formado sobre su frente. Él dejó salir un largo suspiro antes de enseñarle su dedo gordo e índice marcando una apertura de un centímetro.

Luis se sentía feliz por haber realizado un viaje por avión y hacia un nuevo país. Había sido hasta ahora la aventura más emocionante de su vida, pero sus facciones felices cambiaron cuando observó a Emma que desesperadamente buscaba en su regazo. Luis volteó al estuche y observó que estaba vacío.

--Where's the Butterfly?--susurró Emma.

--Emma get up.--le ordenó el jefe de la tropa.

--Coming--contestó nerviosa, buscando con urgencia abajo del asiento.

--Vamos hijo-- le dijo su mamá--ayúdame con tu hermanito.

Luis se levantó sin despegar sus ojos de todo orificio y hueco frente a él, buscando la más mínima muestra de blanco y negro sobre los asientos, pero todo fue en vano.

Su papá le puso a su hermanito en sus brazos y lo empujó al frente mientras bajaba las maletas. Su hermanito lloraba por los brazos de mamá y el mar de gente jalaba y empujaba con la misma fuerza que antes. Todos tratando de salir primero para reclamar su equipaje.

--C'mon. Pick up your stuff!--escuchó al hombre decirle a Emma. Luis volteó por última vez al fondo del pasillo y observó a Emma levantarse del asiento y lanzarle una mirada ansiosa.

Frente al carrusel de equipaje Luis volteaba una y otra vez a la puerta de salida pero no veía a ella o a ninguna otra niña uniformada.

--¿Olvidaste algo?--le preguntó su papá después de ver su preocupación. Pero Luis solo tuvo ánimos de negar con la cabeza.

--¿Te despediste de tu amiguita?-- le preguntó su mamá. Pero igual no pudo decir nada. Pronto llegó su abuela, abuelo, tío y dos primos con brazos abiertos, llenándolos de besos y abrazos a los cuatro, haciendo mil y un preguntas sobre el viaje.

--¡Ay mi corazón!-- le dijo su abuela en el estacionamiento mientras subían las maletas al auto de su tío, dándole un gran abrazo y besándolo en el cachete.--Mira que grande te has puesto. ¡Qué bueno que ya estás aquí!

Luis se aferró a los brazos grandes y calurosos de su abuela como queriendo deshacerse de una inmensa tristeza.

Sintió palpadas sobre su hombro y abatido volteó a ver cuál de sus familiares quería saludarlo ahora, pero no fue así. Emma se había acercado. Sus ojos se veían más brillantes y húmedos que como los había visto en el avión, pero sus facciones no se acercaban en lo más mínimo a la tristeza.

--Look!--dijo levantando sus brazos levemente. Una mano sostenía la caja de galletas de animalitos y la otra la usaba para tapar su apertura. Quitó la mano y dos delicadas alas saludaron lentamente.

--¡La encontraste!--brincó lleno de emoción, asombrando a su familia y a Emma.

--I guess it got in there when we weren't looking.

--Emma, say goodbye and let's go.--la llamó el líder de la tropa mientras las otras scouts se subían con mucho escándalo a una panel blanca a corta distancia.

La mariposa salió hacia la luz del sol y se sostuvo del borde de la caja. Empezó a mover sus alas al sentir la brisa fresca del mar y se lanzó hacia un nuevo cielo hasta que desapareció entre la sombra de unos árboles y palmeras ondulantes.

--It'll be OK.--dijo Emma dándole una última sonrisa. Pensó un poco sus palabras y le dijo zarandeando los dedos de su mano antes de correr hacia sus amigas.--¡Buena suerte!

--Bay-- contestó Luis. --Thank you.

Luis subió contento y tranquilo al auto y pensó mientras el carro de su tío dejaba el aeropuerto que Emma tenía razón. La mariposa y él estarían bien.

4.

PREGUNTAS DE TODOS LOS TAMAÑOS

Nydia Beatriz Salas

LA PREGUNTA DE LAS GOLONDRINAS

Hace mucho, cuando fueron creados el pollito y la cebra, el león y la comadreja, el piojo y la lechuga, a nosotros nos preguntaron qué preferíamos. ¿Trompa o pico?, dijimos pico, ¿lana o plumas?, dijimos plumas, ¿patas o alas?, piamos ¡ALAS! Porque desde arriba se puede ver el mundo: la tierra, los árboles, el mar, el fin del verano.

Cuando llega el momento, nos empezamos a preparar. Descansamos posadas en los árboles, piamos de lo lindo, ponemos negro el cielo, hacemos algunas figuras bonitas de ida y vuelta, un poco ensayando, un poco para divertirnos, y luego, a una señal, nos echamos a volar miles y miles de kilómetros. Buscamos la estación primavera que es nuestra casa y llegamos a San Juan de Capistrano donde nos esperan con fiestas y campanas. Después de seis meses nos despedimos y volvemos al sur, hacia la primavera naciente.

¿Será cierto que a muchos humanos que quieren migrar hacia la primavera del norte en vez de esperarlos con fiestas y campanas los esperan con muros?

LA PREGUNTA DE LA MARIPOSA BLANCA

Lo primero que quiero decir es que no soy una mariposa, de esas que tienen alas, esas nerviositas que no se quedan quietas y andan vuela que vuela, posándose en las flores de aquí para allá. No. A mí me gusta estar plantada, echar raíces, y después florecer.

No hace falta que siga explicando quién soy, si dije raíz y florecer se supone que soy una planta y muy feliz de estar aquí, quietecita en esta tierra cubana que es mi casa. De aquí soy, aquí florezco silvestre, aquí la lluvia y el sol me cuidan, aquí doy las más bonitas flores blancas que parecen mariposas, ramilletes de mariposas perfumadas, pero que no se van volando. Por eso mi nombre, porque me parezco a ellas, menos en eso de andar revoloteando a lo tonto.

Una vez, un escritor uruguayo(*) que anotaba en libretitas su mirada del mundo, contó que una señora que vivía en Italia vino a mi tierra. Y nosotras, las Mariposas Blancas, le gustamos mucho. Entonces cuando la señora volvió a su casa, se llevó un bulbo de nuestra familia y allá lo plantó. Pobrecita planta hermana mía, tan lejos de sus raíces. Parece que dio hojas, pero nada de flores. Nueve años pasaron y mi hermana Mariposa estaba triste. Hasta que unos hombres y mujeres de mi tierra fueron a visitar a la señora italiana y estuvieron siete días hablando, cantando, balanceando las palabras como si bailaran y parece que mi hermana escuchó y sintió su corazón de nuevo en casa. Dice el escritor que floreció.

¿Si me arrancaran de este suelo, yo florecería?

(*) *Eduardo Galeano*

LA PREGUNTA DE EDWINA

Soy Edwina y aunque ahora vivo acá, en esta tierra sin nieve y toda lisita, hace mucho tiempo yo vivía allá, detrás del mar, al pie de las montañas más altas del mundo, y donde hay un lago que es más grande y más bonito que cualquier océano. Mucho tiempo es mucho tiempo y como no sé contar porque nunca fui a la escuela, capaz que vine para acá hace mil años.

Me acuerdo- No me acuerdo- Me acuerdo- No me acuerdo

Así jugaba, cuando era chica, cerrando los ojos y haciendo fuerza para que no se me fueran los recuerdos. Por eso, aunque hayan pasado mil años, hay cosas que de tanto pensarlas no se pudieron escapar. Por ejemplo, me acuerdo de la iglesia de piedra, chiquita y oscura y helada, con una campana y una puerta de madera que crujía al abrirse y de mi casa de piedra, de los caminos que subían y bajaban y se escondían y volvían a aparecer en medio del bosque y de las cabras y las gallinas que en invierno dormían con nosotros. Mi casa parecía de juguete, al pie de unas montañas gigantes que se llaman Alpes. Y me acuerdo de la nieve y de la primavera, de las manzanas de todos los colores y del azul arriba y el azul en el lago y de mi muñeca de un solo ojo porque no había otro botón.

Me acuerdo- no me acuerdo

También me acuerdo de que la polenta no alcanzaba. Ni los zapatos, que tenía que compartir con mis hermanos y por eso, algunos parientes que habían viajado para acá, dijeron vengan, en la Argentina van a estar mejor.

Primero vino mi papá con mi hermano mayor, Luiggi, y después de trabajar mucho pudieron mandar el dinero para un pasaje. Como mi mamá no podía dejar solas a mis dos hermanas chiquitas, me mandó a mí, que tenía doce, junto con mi hermano José, de diecisiete. El tuvo que viajar escondido en la bodega del barco como polizón. Cuando juntáramos el dinero para tres pasajes, viajarían mi mamá y mis hermanas Rosa y Celestina.

De allá, de mi casa, me traje una bolsita con unas semillas de manzanas y un poco de tierra húmeda que junté con las manos, a la orilla de mi lago Di Garda. Me lo hubiera traído conmigo, pero un lago no cabe en una valija. Me daba tristeza irme pero me dijeron que acá nos esperaba una patria nueva y que pronto estaríamos todos juntos. Por eso, en la última foto que me sacaron allá estoy contenta, sonriendo. Creía que el mar era bueno como mi lago. No sabía que mareaba y que una vez que te lleva nunca más te devuelve a tu casa.

En esa foto tengo puestas unas botas grandes que me prestaron para que no se vieran mis zapatos rotos y el vestido de domingo que ya me quedaba chico, pero no se nota, porque estoy sentada.

Cuando llegué a este país me cambiaron una letra del nombre y pasé a llamarme Eduvina. Mi hermano José y yo nos quedamos a vivir en el pueblito donde estaban los parientes. Mi papá no. El trabajaba en el campo como obrero golondrina y volvió a Italia a buscar el resto de la familia. Pero parece que no pudo o no sé qué pasó, y como había menos bocas que alimentar capaz que ya no pasaban tanta hambre. No sé. De mi casa de allá llegaron algunas cartas que me leía un hombre que conocía las letras y algunos números.

Me acuerdo-No me acuerdo

¿Después?

No me acuerdo casi, pasaron muchos años. Sé que me puse muy viejita y usaba bastón y me decían nonna y mi familia de acá me quería mucho. Pero a veces, cuando cierro los ojos con

fuerza me parece que tengo puesto el vestido negro que me tiraba por todas partes y siento mis pies chiquitos dentro de las botas prestadas y me vienen ganas de volver a mi casa de piedra, oscura, fría, pobre y hermosa, con olor a manzana, allá en Flavón.

¿Volvería a subirme al barco que me trajo para acá?

LA PREGUNTA DE LAS LIBÉLULAS

Somos peque, pero cuando migramos, lo hacemos a lo grande. Juntas, en feliz enjambre, podemos cruzar océanos, continentes y un montón de charcos y charquitos, buscando la estación húmeda. Según por donde pasamos tenemos nombres distintos, “caballito del diablo”, “alguacil” “matapijos”, “chapulete” o “folelé”. Muchos nombres y mucho andar, pero casa, lo que se dice “casa” como tienen los hombres, o nido como tienen los pájaros, o madrigueras como tienen los topos, nosotras no tenemos. ¿Volar puede ser una casa?

LA PREGUNTA DE NICOLÁS

Cada vez que llego a una escuela nueva, los chicos me hacen las mismas preguntas. Si es lindo viajar con el circo, si no me canso de andar por todos lados, si en serio nací en Rusia, si no me gustaría vivir en una casa y quién me enseñó a hacer malabarismos. Además me dicen que como ninguna escuela es “mi escuela” soy un suertudo que puede faltar cuando quiere y divertirse en el circo.

Yo siempre les contesto lo mismo: que ya tengo una casa, porque mi casa es el circo. Que como mi mamá y mi papá son “trabajadores golondrinas” y trabajan un tiempo acá y un tiempo allá, yo tengo un pase para ir a la escuela en cualquier lugar de la Argentina. Y que siempre voy. Porque en el circo yo estoy todos los días y tengo que practicar para no equivocarme pero en la escuela me hago de amigos y me divierto. Además siempre me reciben bien. (Este es el chico del circo, dicen las señoras en todas las escuelas, lo vamos a hacer sentir cómodo). Ah y también les digo que no soy ruso, aunque en la cartelera diga Nikolay el niño ruso. Es que para el público es mejor usar un nombre que suene un poco raro.

A los chicos no les cuento toda la historia porque es muy larga y no creo que les interese, pero en realidad mi mamá nació en Santiago de Chile. Cuando era chiquita se fue a vivir a México con mis abuelos. Siempre dice que los abuelos salieron escapando y que unos amigos que ya estaban en el nuevo país los recibieron con los brazos abiertos. Después mi mamá se hizo grande y un día conoció a mi papá que trabajaba en un circo argentino que andaba de gira: EL MAGICAL SILVERY CIRCUS y aunque lo del circo a mis abuelos no les gustó mucho, al final mi mamá y mi papá se casaron y se vinieron a vivir a la Argentina, con toda la gente del Magical. Mis abuelos se volvieron a Chile y yo nací un año después, en la mitad de una función que dieron en la Pampa.

Hace poco, cuando andábamos de gira por la Patagonia, mis abuelos fueron a visitarnos y le preguntaron a mi mamá si pensaba que era bueno criarme así, yendo y viniendo de un lugar a otro. “Es un chico sin raíces”, le dijeron. “Una cosa es viajar en las vacaciones y otra no estar en ninguna parte. Tu hijo, por suerte, no tiene que escapar de ninguna guerra, ni tiene que huir de

ninguna dictadura". Yo me quedé pensando ¿será que viajar es una palabra golondrina y escapar es una palabra fusil?

LA PREGUNTA DE LAS BALLENAS

El agua es nuestra casa, como la tierra es la casa de los que tienen patas y el aire la casa de los que tienen alas. Agua, tierra y aire son casas tan grandes que todos cabemos en ellas. Cualquiera que va de un lugar a otro, sea mosquito, ñus o ballena, como nosotras, pasa de aquí para allá y de allá para acá sin que nadie le pregunte a qué viene ni por qué se va. ¿Los humanos también?

LA PREGUNTA DE MARIO

Me gusta vivir acá. Hace un año que vinimos de La Paz, que es una ciudad muy grande y tenía que caminar mucho para llegar a la escuela. Iba un día sí y un día no. Acá vivimos en un barrio un poco parecido al de allá, pero no hay que subir y subir porque acá el piso es todo chato, bien lisito. El barrio se llama Las Delicias y aunque mucha gente de otro lado viene a tirarnos su basura y las calles están llenas de barro, acá lo paso mejor porque mi papá y mi mamá tienen trabajo. Tenemos vecinos bolivianos y algunos de los chicos son mis amigos. Mi mamá trabaja en las quintas, sembrando y cosechando y lo mejor es que está aprendiendo a leer. Hay un grupo de comadres de mi mamá que se juntan y preparan la leche y el pan con dulce en un merendero que se llama Las Huellitas. Ellas van y vienen cargadas con bolsas y consiguen el pan, el dulce, la leche, el chocolate. Preparan las mesas, atienden a los chicos. Además algunas aprenden a tejer para hacer ropa a su familia y hay unas maestras que van a enseñarles a leer y escribir. Mi mamá dice que está aprendiendo para ayudarnos en la escuela a mis hermanos y a mí.

Cuando sea grande no sé si voy a ser ladrillero como mi papá, me gusta más ser maestro, como el maestro Sergio. El día que llegué a la escuela unos chicos empezaron a decirme bolita. Yo les dije que me llamaba Mario pero ellos me decían che Bolita, che Bolita. El maestro los escuchó y les dijo que mi nombre era Mario, igual que ellos se llamaban Joel, o Marcos o Dayana y que el gentilicio era "boliviano", así como los que habían nacido acá se llamaban "argentinos" y que muchos quisieran haber nacido en una patria tan hermosa como Bolivia. Después me dio una nota para mi mamá que yo le tuve que leer porque estoy un poco más adelantado que ella, donde decía que la invitaba a contarnos sobre algunas comidas que comemos en Bolivia y que sería muy lindo prepararlas entre todos en la escuela. Mi mamá tenía vergüenza, no quería, pero el maestro Sergio fue a casa y le pidió por favor, es importante para Mario que usted vaya, le dijo. Y mi mamá fue. Como en la escuela hay una cocina, mi mamá hizo churros bolivianos que a los chicos les encantaron. Los comimos todos. Además mi mamá les enseñó cómo se saluda en quechua al llegar a un lugar y también cómo se dice gracias. Ahora en la escuela todos me llaman por mi nombre: Mario.

En este país estoy contento ¿Se pueden tener dos casas y dos patrias?

5. PALABRAS DE SIETE COLORES

Paula Salerno

El día que conocí a Tabaré jugábamos con otros niños a dibujar ciudades en el arenero del patio del colegio. Había compañeros que se encargaban de construir las casitas, otros levantaban un cerro o cavaban un arroyo. Y los más osados construían rascacielos, A mi me gustaban los puentes. Yo cada vez tenía más destreza para lograr que una estructura amasada con mis manos y un poco de agua se mantuviera intacta hasta que la arena se secaba y comenzaba a desgranarse lentamente. Los días de verano eran los peores. El calor parecía derretirlo.

Cuando daba los toques finales a mi puente sentí que una nube se había posado sobre mí. Era Tabaré que con el poco fresquito que generaba su sombra, intentaba ayudarme para que el puente no se desintegre tan rápido.

-Con tanto calor se te va a hacer polvo- Me dijo Tabaré.

A partir de ese momento nos convertimos en socios de la arena. Así que durante todos los recreos nos encontrábamos en el mismo lugar para volver a poner el puente de pie. El consiguió un vasito de plástico que cargaba con agua para ir derramando sobre la arena y yo le daba forma a esa harina dorada.

Al principio él me hablaba con frases sueltas. Algunas expresiones que yo nunca había escuchado. Supuse que al ser más grande que yo, ya usaba algunas palabras que yo no conocía. Entonces le pregunté qué querían decir. Decía que eran palabras mágicas. Que se las había traído de un país lejano, donde estaba su casa. No me quiso revelar sus significados. Ya que como eran mágicas, si él las revelaba sus significados entonces podrían desaparecer.

-¿Cómo pueden desaparecer las palabras?- Le pregunté yo.

-Desaparecen, de la memoria. Si eso sucede nunca más nadie las volverá a recordar. Ni yo.

-¡Entonces no me las digas!- Le exclamé yo, pensando que eran palabras que alguien podría necesitar.

¿Se imaginan qué problema?. Si por ejemplo no existiera más la palabra "lluvia"... ¿Cómo trabajarían los del servicio meteorológico? ¿Cómo podríamos vivir sin la palabra "despertate"?.

¡Nos quedaríamos todos dormidos!. Esas cosas imaginaba yo.

Tabaré un día comenzó a amasar con la arena una esfera perfecta. Como si fuera un globo terráqueo de los de la escuela. Sobre la bola dibujó unos pentágonos y allí estaba: un perfecto balón dorado. Entonces, mientras la puesta del sol anaranjaba nuestras mejillas, él me contó:

Su tío, cuando le regaló el balón por su cumpleaños le dijo:

-Es de oro, pero no todos lo pueden ver. Aunque todos saben que los piratas andan por los mares, los lagos y los ríos buscando oro. Ten cuidado con los piratas- finalizó, y le guiñó el ojo.

Una tarde que él se encontraba jugando solo con su pelota aparecieron con parche en el ojo y pata de palo los temidos piratas. Eran tantos, que no pudo escapar. Sin embargo no se separó de su pelota. Lo subieron al barco para llevarlo con el resto del botín. Como él era tan pequeño, en un momento en el que los piratas se encontraban bebiendo, logró escabullirse sin que los borrachos advirtieran. Entonces a Tabaré se le ocurrió una idea: Debía subir a la vela del barco. Como la pelota era de oro, entonces debía pesar más que una bala de cañón al caer sobre el piso del barco. Una vez en la punta del mástil del barco, arrojaría la pelota hacia abajo con todas sus fuerzas y esta perforaría el piso hasta llegar al otro lado. Como si fuera un bombardeo de otro barco pirata.

Tabaré siguió uno a uno los pasos de su plan que fue un éxito. El agua empezó a entrar por el agujero y los piratas, aún tambaleantes por el vino, se despabilaron y desesperadamente intentaban sacar el agua del barco. Uno de los piratas se tiró de cabeza al agujero para rescatar el oro, pero se le quedó el culo atorado en el agujero hecho por la pelota.

Cuando ya casi todo el barco estaba hundido y sólo quedaba en pie el mástil, Tabaré hizo un salto olímpico hasta el agua, y nadó, y nadó y nadó. Hasta dejar el barco que se hundía detrás. Junto con los piratas. Y junto con su balón de oro que quedó en el fondo del mar. Con este nuevo compañero los recreos se llenaron de historias fantásticas. Aquel país en el que él había nacido parecía un lugar increíble y mágico, lleno de aventuras y seres encantados.

Como la tortuga Mora del que él se había hecho amigo inseparable luego de que lo ayudara a llegar a la orilla aquella desafortunada tarde en la que perdió su balón. Ya se le acababan las fuerzas para nadar y parecía hundirse como plomo en el agua. Estaba tan cansado que tomó todo el aire que pudo y se dejó hundir para descansar sus brazos y piernas. Abrió los ojos debajo del agua y se sentía estar en un sueño. El fondo del mar estaba lleno de colores y formas hermosas. Dejó escapar las burbujitas de agua de su boca y sus ojos se empezaron a cerrar. Tenía mucho sueño. Quería dormir un rato, así que se dejó caer al fondo del mar donde parecía haber una piedra muy cómoda sobre la que reposar. Y durmió. Durmió y durmió.

Al despertar, al amanecer, en la orilla, lo primero que vió fueron los ojos de la tortuga Mora. Ella le contó que estaba plácidamente durmiendo una siesta debajo del agua, cuando sobre su caparazón, siente algo caer. Era Tabaré. Al suponer que era un niño perdido lo arrastró sobre su lomo hasta la orilla.

Se hicieron tan amigos, que Tabaré la invitó a vivir a su hogar. Pero ella necesitaba agua para vivir. Así que Tabaré llenó la bañera de la casa y le llevó comida. Hasta que los vio la madre de Tabaré y le dijo:

-No podemos gastar toda esa agua por una tortuga- Mientras sacaba el tapón de la bañera.

Antes de que se vacíe Tabaré buscó la palangana más grande que encontró en el patio y lo llenó de agua. Ese recipiente se transformó en la vivienda de Mora. Cuando él se bañaba en la bañera de su casa, la entraba a jugar con el agua calentita.

Ella no era una tortuga cualquiera. Era una tortuga de siete colores, Única en su especie. El día que llegó a la casa de Tabaré se veía marrón-verdosa. Estaba sucia con el lodo y las algas del agua. Pero cuando Tabaré la lavó con champú empezaron a brillar los colores de su caparazón. El contó siete colores: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, celeste y violeta. Mora brillaba en la oscuridad, era hermosa y tan buena amiga que le había prometido a Tabaré que algún día volvería al mar y bucearía hasta encontrar el balón de oro para traérselo de vuelta.

En la escuela sonó la campana del recreo, así que Tabaré no terminó de contarme si recuperó el balón. Me quedaría todo el verano con la intriga, porque ese era nuestro último día de clases.

Esas vacaciones con mi familia fuimos a la playa. Tenía a mi disposición toda la arena que quisiera para hacer los castillos, puentes y ciudades que se me ocurrieran. Tenía tanta destreza para construir ciudades de arena que las podía hacer automáticamente sin mirar. En cambio, mi atención estaba puesta en el brillo del agua del mar. Intentaba imaginar a mi indefenso amigo nadando a la orilla. Cada tanto, al encandilarme con el reflejo de las olas, fantaseaba con encontrar una tortuga o criatura de mar tan colorida como Mora.

Al entrar al mar de la mano de mi padre intentaba zambullirme y abrir los ojos debajo a ver si encontraba algo de oro que pudiera regalarle a Tabaré y lo pudiera aliviar de su pérdida. Pero no encontré nada de oro. Solo un pedacito de nácar, que es una piedra que con el sol va cambiando de color. Me hizo acordar al caparazón de Mora y lo guardé para mostrárselo a Tabaré.

Las palabras misteriosas que él pronunciaba resonaban en mi oído con cada ola, con cada brisa. Entonces intentaba descifrar su significado, pero luego me arrepentía, no fuera cosa que pudieran desaparecer y Tabaré se diera cuenta de que era yo la responsable. -¿Cómo se podría romper ese hechizo?- Me preguntaba. Debía tener algún antídoto. Pero ¿Cuál sería?

Me daba mucha curiosidad.

El verano terminó. Volví a la escuela. Estaba ansiosa por verlo en el recreo pero, para mi sorpresa, lo encontré adentro de mi aula. Me costó reconocerlo porque se había cortado su melena y tenía la piel bien oscura por el sol. A pesar de que él era un año más grande que yo, este año íbamos a ir al mismo curso. Lo habían hecho repetir. Lo saludé desde la otra punta del aula. Pero él, avergonzado, agachó la cabeza. Nunca me había detenido en sus ojos, que ahora le resaltaban con el contraste de su piel. Estaban tristes.

Cuando empezó el recreo corrí al patio para darle la piedra multicolor. El ni siquiera se detuvo en el arenero y siguió caminando hacia el árbol.

-A mí también me costaría si tuviera que ir a una escuela donde hablan con palabras mágicasle dije para animarlo.

La maestra dijo que iba a tener que pasar un año más en la escuela porque el año anterior no había aprendido muchas palabras. ¡Que para él son palabras mágicas!

-Las maestras no te entienden porque están muy apuradas y somos un montón de niños, pero yo entiendo todo, o casi todo, menos las palabras mágicas, Tú tienes que lograr que ellas te entiendan cómo te entiendo yo... Espera... Nuestras palabras también son mágicas para ti...

Entonces ahí pensé. ¿Cómo es que nuestras palabras no desaparecen cuando él las dice? Creía que había encontrado una forma de romper el hechizo, entonces le dije:

-¿Qué tal si intercambiamos palabras?. Por cada palabra nueva que yo te enseñe a tí su significado secreto, tú me enseñas una palabra mágica de las tuyas. Una por una. Así rompemos el hechizo y entonces no desaparecen, ni las tuyas ni las mías. Porque las mías quedan en tu memoria y las tuyas quedan en la mía. ¿Qué dices?-

Entonces probamos con una palabra cada uno. Por las dudas una que fuera muy importante para la humanidad.

Yo elegí la palabra foca. El me dijo su palabra, que significaba algo así como: un mono chiquito. Ese día intercambiamos todos los animales que se nos pudieron ocurrir. De la selva, de los mares y de las ciudades. Entonces hicimos la prueba de fuego. Esperamos a la salida del colegio y esperamos que pase un perro callejero. Entonces le pregunté, con un poco de miedo a una niña de primero mientras señalaba al animal: -¿Tú sabes qué es eso?-

-Un perro, ¿eres tonta?.- me contestó.

Con Tabaré casi volábamos de la alegría. El hechizo se había roto. La palabra no había desaparecido de la memoria de nadie. Ahora podíamos compartir todas las palabras que quisiéramos. Así que los días siguientes continuamos con las cosas que encontrábamos en la escuela, como útiles, puertas y mapas. Luego con cosas que había fuera de la escuela: como veredas, semáforos y árboles. Y luego seguimos por cosas que estaban adentro nuestro como: risa, llanto y aburrimiento.

Nunca pensé que algunas palabras fueran tan fáciles de decir y tan difíciles de explicar. De hecho pasaron muchos años hasta que entendí una que me dijo ese día Tabaré.

-Es cuando las cosas que estaban, ya no están más. Y entonces, están en tu cabeza. O se te aparecen en un sueño. Pero después, cuando te despiertas ya no están más. Entonces te dan ganas de llorar o sentis como si te apretaran acá.- Me decía Tabaré mientras se señalaba el pecho.

-¡Como la pelota de oro!- Le dije yo.

-Y como Mora- dijo él.

-¿Como Mora?. Ella no vivía en la bañera de tu casa?, ¿No te iba a ayudar a buscar la pelota?

-Sí, pero el día que fuimos al mar...- Entonces comenzó a contarme:

Tabaré y Mora habían planificado escaparse en una noche de luna llena hasta la playa con la moto verde que él había heredado de su hermano mayor.

-¿Moto?, ¿los niños allí pueden usar moto?- Le pregunté asombrada. Pero no contestó y siguió su relato:

La luz de la luna los ayudaría a ver en la oscuridad el brillo de la pelota en el fondo del mar, entonces Mora bucearía hasta ella.

La misión fue todo un éxito. Tabaré volvió pedaleando a su casa bajo una noche estrellada. No necesitaba faroles ya que llevaba en su moto a la tortuga multicolor y la pelota brillante. Entre amas le iluminaban el camino de regreso.

Esa noche Tabaré durmió profundamente, iluminado por el resplandor que repartían en su habitación su amiga Mora y su tesoro dorado. Pero al despertar no los encontró. Los buscó en el baño. Los buscó en el patio. Pero su madre le contó que habían venido por la mañana los piratas a reclamar el tesoro, la tortuga y la moto.

Tabaré derramó muchas lágrimas cuando me contó eso. Yo lo tomé de la mano y tímidamente saqué de mi bolsillo la piedra multicolor:

-Yo encontré este pedacito de nácar en la playa. Mirá cómo brilla. ¿Debe ser un tesoro no?

-Parece

-Es para vos.

Llegaron las vacaciones de invierno. El día que nos despedimos Tabaré me agradeció el tesoro que le regalé con una pronunciación perfecta. Yo le agradecí con las palabras que me él enseñó por haberme ayudado a construir todos esos puentes y ese año... no nos volvimos a ver.

Hoy me llegó una carta con una foto suya.

En la foto él se encuentra sonriente en el umbral de una casa, junto a tres hombres más grandes, con una mano sostiene un flotador desinflado con forma de tortuga. Con la otra mano una pelota dorada, gastada por los años. Y debajo de él una pequeña bicicleta verde con forma de moto.

Tabaré volvió a su tierra y se reencontró con sus vecinos, que se parecían mucho a los piratas de sus historias; con una pelota de cuero despintada, que se parecía mucho a su balón de oro; con un muñeco inflable, que se parecía mucho a Mora, la tortuga multicolor;

Al pie de la foto había un mensaje: "Te extraño". que se parecía mucho a aquella misteriosa palabra mágica que ahora sí puedo entender.

6.

EL SUEÑO

Ericka Sejas Noriega

—Una noche, cuando tenía tu edad, soñé que era una mariposa —dijo la abuela y puso la maleta sobre la cama.

La niña controló el impulso de botar esa maleta al piso porque no quería escoger entre las cosas que metería ahí y las que no volvería a ver, también controló el impulso de preguntar a su abuela más acerca de ese sueño. Pese a que recién la conocía un año, sabía bien que ella buscaba distraerla del viaje y Lala no quiso seguirle el juego. Por eso, inició la ley del hielo y, porque ambas eran igual de obstinadas, la abuela insistió con su voz misteriosa:

—En mi sueño era una mariposa monarca.

La niña no pudo seguir pensando en cuál muñeca llevaría e inevitablemente pensó que la palabra monarca le sonaba a reinado y reinado a reina. Imaginó que esa mariposa sería una especie de abeja reina, antes de decirlo apretó sus labios.

La abuela notó ese gesto y volvió a su voz más misteriosa aún:

—Este es un sueño que de verdad pasó, o pasará, o está pasando justo ahora.

Se escapó un “¿Qué?” agudo, aunque la niña se tapó la boca de inmediato, la abuela miró a los lados sobreactuando rastrear el origen de ese sonido como cuando se escucha a un ratón o fantasma en medio de la noche silenciosa, incluso abrió la maleta y pegó la oreja en ese rectángulo lleno de recuerdos guardados: “¿hay alguien aquí? hable ahora o calle para siempre”.

A veces, esas actuaciones hacían reír a Lala. Esta vez, la niña dejó de volver a acomodar en la repisa las muñecas que su abuela ya había sacado y, con ambas manos, se apretó la boca más fuerte para ocultar su sonrisa. Ninguna cedería.

—Además, este sueño ocurrió en un lugar que está en ningún lado y en todas partes al mismo tiempo —dijo la abuela.

Esta vez, Lala evitó decir que eso era imposible “un lugar solo puede estar en un lugar y punto”, como esa habitación, que conformaba toda su casa, solo estaba en una periferia de Buenos Aires y no podía estar en una periferia del San José al que irían. “¿o no?”.

En el rostro de Lala la duda se dibujó más evidente que el enojo, y ni siquiera pudo ocultarla. Sus ojos se iban hacia arriba, y de izquierda a derecha buscaban la respuesta que necesitaba “¿será cierto?”. Si no encontraría una respuesta se la inventaría, y esta sería loca y divertida y valiente y extravagante; cada vez más parecida a las respuestas de su abuela que le dijo alguna vez: “de tal árbol, tal semilla”, y explicó que el árbol de ciruela siempre dará ciruelas, pero estas no siempre serán iguales; “algunas pueden echarse a perder, mientras otras pueden convertirse en ensalada de frutas pero, en el árbol, todas son posibilidades”.

El papá de Lala quizá se había echado a perder cuando no fue al norte a buscar una mejor vida, sino tal vez una nueva: nunca volvió. Su madre llenó el vacío hasta el accidente. Entonces las ramas del árbol genealógico de Lala llegaron a la abuela incógnita.

Cuando la esperaba en la oficina, esperaba a una señora de pelo corto bien peinado, ropa recatada y anticuados modales; pero apareció una señora con jeans rotos, botas viejas y una polera con calaveras estampadas. No era el tipo de abuela que imaginó, más aún cuando en lugar

de besarla y lloriquear santiguándola, firmó un montón de papeles hasta que preguntó ¿es todo? Y ambas salieron en silencio porque no tenían nada que decirse, y juntas porque ya no tenían a nadie más.

—Es que el tiempo y la distancia son relativos, o sea, dependen del observador, o sea, de cada uno.

Dijo la abuela y un “ajá” salió a propósito de la boca, con gesto de sonrisa burlona, de Lala. Quería dejar en claro que no le estaba creyendo. Y lo dejó tan en claro, que la abuela tuvo que recurrir a sus famosos científicos.

—Y no lo digo yo, lo dijo Einstein. Pero lo que este genio no dijo es que las personas vuelven a las distancias más grandes, difíciles, y a los momentos rápidos cuando se vive y eternos cuando se sobrevive —dejó de vaciar el estante de muñecas cuando encontró una caja con las fotos de familiares que Lala conocía por relatos y retratos—, en cambio, en los sueños el tiempo, la distancia funcionan distinto.

—¿Se los puede controlar? —la ley del hielo comenzó a derretirse. Lala se dio cuenta de que en sus sueños, efectivamente, el tiempo y la distancia le parecían relativos. Sobre todo cuando soñaba con su madre, buscó su foto en la caja.

—No es cuestión de controlarlos, el chiste es olvidarse de ellos, incluso ni darse cuenta de que se está soñando. Como aquella vez, yo ya no era esta vieja, era una mariposa, en realidad, era apenas un huevo de mariposa.

—Aburrido —Lala fingió un bostezo y se sentó cerca de su abuela, no quería demostrar su interés, pero tampoco quería que dejase de hablar.

—No creas, a este huevo le gustaba flotar sin responsabilidades ni preocupaciones, hasta que escuchó que los otros huevos ya habían nacido y se acababan la comida. Tuvo que nacer directo a devorar todas las sobras de plantas que pudo. Las orugas, grandes y robustas, ya formaban sus crisálidas: necesitaban alas con urgencia, la época de migración comenzaría pronto.

La palabra *crisálida* remontó a la niña a aquella vez que salió de la oficina con una extraña a la que temió tomar de la mano, para cruzar la calle rumbo a una plaza donde se sentaron en silencio y a cierta distancia, hasta que una oruga pasó frente a su zapato y ella quiso aplastarla con un gesto de asco.

“Aquí adentro hay una mariposa”, dijo la abuela y levantó a la oruga y la acurrucó en su palma y la puso sobre una hoja. Lala no entendió cómo algo que se arrastraba podría volar, la abuela notó la duda y continuó: “un huevo se convirtió en esta oruga que a su vez se convertirá en una crisálida, es decir se encerrará en un capullo donde se desarrollen sus alas y salga de ahí convertida en una mariposa que pondrá otros huevos”. La abuela habló con el asombro de una niña, para la nieta había dejado de ser extraña por desconocida y solo lo era por rara.

—¿Por qué tenían que migrar? mejor se hubieran quedado ahí.

—Porque los recursos eran cada vez más escasos, el clima más hostil y su sueño, el tipo de sueño que se alcanza despierto, prometía un futuro mejor en otro lugar —la abuela encontró la foto más antigua de la caja y habló como para sí misma—, además, migrar es la naturaleza de las monarcas.

El recorte de un viejo periódico chileno plastificado todavía mostraba la imagen de diez centímetros, en blanco y negro amarillentos, con la que comenzaba su historia conocida. La bisabuela de Lala era apenas una niña al lado del barco, que había logrado escapar de España por el hambre y el miedo a la guerra, con esa maleta que ahora volvería a emprender una nueva

aventura. El titular decía: Niña desembarca sola, su madre muere en el viaje. La noticia narraba que Carmela iría a las ricas minas de Potosí en Bolivia.

—Mejor aguantar lo viejo conocido que lo nuevo por conocer —dijo Lala.

—Pero en este sueño no estabas tú, ni yo. Esta oruga opto por seguir comiendo todas las sobras que pudo para crecer, las primeras mariposas ya salían de sus crisálidas y ella se apresuró en hacer la suya. Una vieja monarca le había prometido que la esperaría para viajar juntas, y la oruga no quería retrasarla; porque cuando una idea se metía en la cabeza de esa vieja, no salía.

—Me imagino.

—Una vez la oruga estuvo colgada en su capullo escuchó las insistencias que le hacían a la vieja: “te necesitamos para migrar”, “no logrará transformarse”, “te quedarás sola”, escuchó también su única respuesta pero no la entendió: “será una monarca de cuarta generación, como yo”. Y una mañana escuchó un aleteo que parecía árboles sacudidos que se alejaban con el del viento. Después, silencio.

—¿La vieja monarca la esperó? —Lala no se imaginaba qué hubiera sido de ella sin su abuela aunque, al principio, le había costado entenderla.

Su abuela no le indicaba cómo vestirse, hacer sus tareas, menos cómo comportarse, solo insistía que comiese hasta la última verdura del plato. “No sabes lo que es el hambre” le decía igual que su mamá Carmela le había dicho a ella.

Carmela había llegado a la mina Siglo XX de Potosí porque escuchó que ahí había riqueza, y claro que la había, pero para unos pocos. Trabajó de ayudante del ayudante de cocina y, por fin, comió hasta saciarse. Con el tiempo, combinó los sabores que ya conocía con los nuevos y tuvo mucho éxito, porque los sabores no discriminan el lugar de origen, solo combinan o no. Quizá por ser tan joven, jamás sintió que no pertenecía al sitio en el que decidiese estar.

—Todavía la mariposa no sabía si la monarca la esperaba o no —respondió la abuela dejando la foto de Carmela en la caja—, y de nuevo quiso quedarse ahí, en su capullo, encerrada hasta su final, pero sus alas eran cada vez más grandes y no cabían en esa bolsa que terminó por romperse.

—Y ¿la vio? —Lala apretó la mano callosa y áspera de su abuela que revisaba otras fotos de la caja.

—Sí, la vieja monarca estaba tiesa en el tronco del árbol seco con el que se fundía —su voz se opacó, la mirada de su nieta se humedeció—. El frío había congelado sus alas que ya no eran de ese naranja brillante salpicado de blanco y negro, ahora parecían escamas de la corteza del árbol en hibernación.

—¡Qué feo sueño! —Lala se imaginó que para ella, sería una pesadilla.

—La mariposa no sabía qué hacer hasta que escuchó “ya era hora, me hice más vieja esperándote” entonces la vieja monarca movió sus alas que crujieron como papa frita, las esquinas se desquebrajaron, pero con calentamiento, pudo volar. La mariposa nueva también, aunque su vuelo era torpe y débil.

Lala no pudo disimular su alegría y añadió: “Deberían quedarse juntas ahí”.

—Pero ese no era su destino.

Últimamente, Lala había escuchado a su abuela repetir tanto la palabra “destino” que ya no sabía si se refería al lugar al que llegarían o que inevitablemente debían llegar ahí. Ella prefería el destino de un árbol, no el de una mariposa. Como eran tan parecidas, a su edad, su abuela pensaba lo mismo. Nunca habría salido de su pueblo minero si no hubiese sido desterrada.

Estudiaba su primer año de universidad cuando la dictadura comenzó. Y los presidentes tomaron el poder a la fuerza y aquellos que se opusieron fueron cazados, encarcelados, expulsados del país. La abuela nunca supo si haber marchado por la libertad cambió su destino, o, si justamente fue su destino marchar por la libertad.

—Y cómo estaban las mariposas seguras de que ese no era su destino.

—Nunca lo sabían del todo, pero ahí el verde había desaparecido, las hojas caían como lágrimas amarillentas de los árboles. El viento invernal gimoteaba —la abuela puso voz gruesa y honda— “Nadie es digno de mí, por eso huyen. Soy el más fuerte de los vientos, nadie está a mi altura, solo las montañas resisten mi poder”.

—Con razón todos se iban.

—Y ellas no pudieron porque el viento las había alcanzado. Por eso la vieja monarca tomó valor y exclamó —ahora la abuela habló con voz delgada pero firme— “Excelentísimo señor, no somos dignas de su presencia, si solo pudiese soplar en sentido contrario, lo dejaríamos como usted merece estar”.

—¿Funcionó? —Lala se sentó en la cama, más cerca de su abuela.

—El viento lo pensó por un instante. Concluyó que se divertiría soplando un torbellino en el que giraron y giraron, hasta perder la noción de dónde estaban.

En el fondo de la caja de zapatos la abuela encontró el boleto que le salvó la vida en su juventud. Cuando los militares llegaron a la marcha por la libertad jugaron al gato y al ratón. Ellos eran los gatos.

La subieron a una camioneta, ella no sabía dónde la llevaban pero sabía que no era a un buen lugar. La bajaron después de horas y la interrogaron por días. Ella solo quería volver con su mamá Carmela, pero nunca la volvería a ver. Los militares le explicaron que las órdenes eran: perdonarla si se iba del país al siguiente día. Y ella no tenía ni un centavo ni tampoco a dónde ir.

En el pueblo minero hubo una coleta tan rápida y generosa que, al día siguiente, desde la ventanilla del avión no se dio cuenta dónde terminaba su país, ni dónde comenzaba el que la recibió.

Las fronteras eran otro invento de los hombres.

—Y la monarca dijo que debían volar en contracorriente del torbellino. Volaron sin descanso. Volaron con el invierno acercándose por detrás. Volaron lo suficiente para salir del torbellino pero no tanto como para acercarse a su destino —la abuela guardó en la caja el boleto aéreo— En su camino se toparon con unos chorlitos que hacían guardia. La vieja monarca le dijo al jefe de estas aves, que el invierno estaba cerca y si las llevaban en sus espaldas, les enseñarían a romper el fuerte viento en contra con una formación en punta, como la de los patos.

—Dime que funcionó.

—Los chorlitos tienen cabezas pequeñas, solo obedecen órdenes de su superior. Ni escucharon a la monarca porque no soportan a extraños, menos a los cambios. Eran como se suponía que debían ser y hacían lo mismo de siempre. Las mariposas habían perdido tiempo, conociendo a los chorlos, pudo ser peor.

—¿Cómo peor?

—Podían haberlas devorado, encerrado, botado, o lo que se le ocurriese al jefe. Y antes de que cambien de planes, la monarca contactó a las harpías. Estas aves se dedicaban a trasladar a los que lo necesitaban.

—Qué buenas. No se merecen ese nombre.

—Los viajeros eran su negocio, su mercancía. Las mariposas tenían algo que ellas querían por eso se montaron en la espalda de una harpía gorda, y volaron hasta la frontera vigilada por los cuervos, donde las obligaron a bajarse y pidieron su paga —la abuela hizo una seña de dos dedos levantados sobre la cabeza.

—¿Sus antenas?

—Hacía tiempo buscaban antenas de mariposa monarca, para orientarse en nuevas rutas y expandir su negocio. La monarca se sacó la derecha sin demostrar dolor y la izquierda simulando alivio; a solas le dijo a la joven mariposa “tontos pajarracos, esas viejas antenas ya ni funcionan”, creo que lo dijo por consuelo.

Cuando su abuela bajó del avión, no llevaba ni aquella maleta a la que ahora metió la caja de zapatos.

En México se sintió como cuando un río desemboca en el mar, a la deriva. Pero pronto encontró a otras personas que también fueron expulsadas de sus países por luchar por la libertad. Entendió que la patria no eran unas coordenadas impuestas con guerra y que defendidas a la fuerza. Patria eran los recuerdos, los anhelos, era su nueva comunidad. Aprendió distintas costumbres y enseñó las suyas con acentos que cada vez se parecían más entre sí.

—Sin antenas ¿la monarca podría orientarse hacia su destino?

—Estaban perdidas. No tanto en el mapa como en el peligro. Los cuervos controlaban las fronteras, decidían quién entraba en su territorio y quién no. Pero no faltaban los voladores que querían burlarlos, algunos buscaban un mejor lugar para vivir del que les había tocado por azar y otros buscaban la vida fácil.

—Quién nombró a los cuervos dueños del cielo.

—Los voladores que vivían en lugares donde no se necesitaba emigrar, porque todo el año lo tenían todo, no querían que otros voladores fuesen. Entonces los cuervos se hicieron cargo de controlar quién entraban y salía. Y desarrollaron métodos de control, cada vez, más feroces.

—¿Cuáles?

—Papeleos. Pero en otros lugares habían levantado muros de los que era fácil salir pero no entrar.

—Y por qué no se quedan las mariposas en ese lugar, al borde.

—Porque ese lugar era tierra de nadie, en realidad, cielo de nadie. Entre las harpías y los cuervos habían hecho de ese paraíso un lugar peligroso, en lugar de enfrentarse entre ellos, medían su poder a través de los viajeros. Cuando los cuervos los descubrían entrando sin permiso los enjaulaban. Cuando las harpías los descubrían intentando cruzar la frontera sin su ayuda los cazaban.

Un nudo en la garganta de Lala se atragantó con sus palabras hechas un lío. Ella no tenía el valor de su bisabuela o de su abuela, ella quería quedarse en la ciudad en la que había nacido, pese a que escuchaba hasta el cansancio que ahí no había oportunidades para una vieja y una niña.

Su abuela había tenido un solo hijo, el padre de Lala que recorrió desde México hasta la Patagonia, acompañado de su guitarra y su linda voz. Conoció a la madre de Lala, en una plaza argentina, como dicen que entre contrarios se atraen, se enamoraron muy rápido. Pero, como dicen también, cuando la pobreza entra por la puerta el amor sale por la ventana; las monedas que recaudaba a diario no alcanzaban para una familia, se fue al norte. Nunca volvió.

—Ambas mariposas espionaron la frontera hasta que llegó un pavo real famoso en el mundo de la actuación, por lo que ni necesitaría documentos para cruzar al otro lado. “Psstt... pst” le pitaron. El pavo real no les hubiese dado importancia si ellas no hubiesen tenido justo el color naranja que le faltaba.

—¿Y qué pasó? —¿Qué crees?

—Hicieron un trato.

—Claro. Esta ave las haría cruzar la frontera a cambio de su color. —¿Y cómo le darían su color?

—Las alas de mariposas tienen un polvillo que las pigmenta, algunos dicen que ese polvillo es mágico, pero en mi sueño nunca comprobé que así sea. Con el trato cerrado, las mariposas se posaron sobre la exuberante cola del pavo real. Los guardias, en lugar de revisarlo le pidieron su autógrafo. El pavo había cumplido su parte del trato, era el turno de las mariposas: cada una tenía que darle la mitad de su color, pero la vieja monarca no cumpliría el trato.

—Ordenó a la mariposa “ve allá y vigila que nadie interrumpa la transacción, te llamaré cuando toque tu turno”, y mientras tanto pidió al pavo que le saque hasta la última partícula de color, pero que no toque a la otra o lo acusaría con los cuervos. Cuando la mariposa volvió, no reconoció a la monarca: parecía un taparaco o mariposa nocturna gris. La monarca dijo “al cabo que ese color ni era tan brillante”.

Lala acarició el cabello blanco de su abuela.

—¿Valió la pena perder su color? —Lala esperó que así fuese, que la abuela diga que entonces su sueño se volvió una quimera y ya no una pesadilla.

—Los insectos de ese lado de la frontera odiaban a los insectos que no eran de ese mismo lugar. Decían cosas como que llevaban enfermedades, malos modales, o que no eran tan lindos como ellos.

—No puedo creer.

—Las mariquitas decían que los voladores indocumentados eran peligrosos. Las langostas decían que eran plagas. Los zánganos decían que eran unas oportunistas. Las polillas decían que eran feas. Las moscas decían que eran sucias, incluso las abejas se aprovechaban de ellas y les hicieron trabajar a cambio de comida, pero los peores eran los gusanos, por envidia a sus alas, aunque descoloridas, les decían que eran inferiores.

—¿Y no había otras mariposas?

—Las había, claro que no eran del mismo color. Bueno, la vieja monarca ya no tenía ni color ni antenas, además ya no le quedaban mucha fuerza. En cambio la joven monarca se había convertido en una mariposa grande, fuerte y brillante. Sin embargo, le faltaba mucho por aprender y entender. La vieja no paraba de repetirle que cada cuatro generaciones, nacía una monarca mejorada.

—¿Cómo es eso?

—Desde la bisabuela nacía otra monarca que vivía más y llegaba más lejos. Y ella, la joven mariposa, era la cuarta generación. Como tú.

—Pero yo no quiero irme.

—No importa dónde estés, el mundo es tu hogar. Podrás hacer lo que quieras siempre y cuando aprendas a abrir tus alas sin miedo.

—Tú tuviste grandes hazañas.

—Eso creía hasta que te conocí, y me di cuenta de que todo lo que hice, y lo que haré, siempre fue por ti.

Por primera vez, Lala pensó que quizá irse era un buen plan. Pero quería cambiar de tema, dijo: “Seguro las mariposas hicieron un nuevo trato”.

—Claro que sí. —¿Con quién?

—Con una cucaracha voladora.

—Que asco, me parece que algo saldrá mal.

—Las mariposas estaban perdidas, no querían continuar más en ese lugar y se enteraron que había un santuario donde las monarcas perdidas de otra ruta llegaban. Pero no querían que esa ruta sea conocida porque luego aparecerían los cuervos, las harpías y demás. La única que sabía de ese santuario era un cucaracha voladora que estaba obsesionada con las mariposas monarcas.

—Y cuál era el trato.

—La cucaracha las llevaría a ese santuario a cambio de un par de alas.

—No puede ser. —Para esas alturas, la vieja monarca apenas utilizaba las suyas. No tuvo lástima de entregarlas para que la joven llegase a su destino, después de todo, se lo había prometido.

La abuela dijo estas palabras y guardó más cosas en la maleta. Lala la imitó con una de sus muñecas. Y ahora que habían guardado las primeras cosas, las demás les parecían más fáciles de meter.

—Comenzaron el viaje. Durante el camino la cucaracha aprendió la vida de las monarcas, y cómo los viajes que comenzaban nunca los terminaban ellas sino sus descendientes. Era algo que en las cucarachas no importaba. Ellas solo querían aprovecharse de lo más que podían sin que les importen las demás. Cuando, a lo lejos vieron el santuario de las monarcas. En esa cima de la montaña el sol llegaba primero y el día duraba más. Les hubiera demorado un par de días en llegar pero la vieja monarca ya no podía seguirles el paso. —Noooo.

—La vieja monarca quiso desprenderse de su inútiles alas, antes de que se arruinen definitivamente y ya no sirvan para pagar el trato. Pero la cucaracha ya no quería un par de alas, las quería a ellas, sus únicas compañeras. Ella tenía sus alas y aunque no eran grandes ni hermosas, eran suficientes para volar con la vieja monarca sobre su lomo acorazado.

—¿Y llegaron al santuario?

—Sí. Pero cuando las otras mariposas monarcas vieron a una vieja mariposa que ya no parecía un monarca sino más bien un taparacu, es decir una mariposa nocturna, vieja y maltrecha, la rechazaron.

—No puedo creer. —Las tres volvieron al aire tranquilo, el clima cálido de los alrededores donde la abuela contempló el largo camino que habían recorrido. Es que hay viajes que solo son de ida, hay viajes que son de necesidad, hay viajes que son escapes, incluso otros obligados, pero siempre hay viajes, imagínate que los primeros humanos no se hubiesen animado a salir de África, porque todos somos de ahí.

—¿Cómo se puede saber tanto detalle de un sueño?

—Quizá, en realidad, somos unas mariposas y este es su sueño.

Lala cerró la maleta pensando en esas palabras.

7. UN PUNTO EN EL MAPA Virginia del Río Vargas

Una noche de domingo Leonardo Martínez se paró en la Plaza del Pueblo. Caminó hasta el centro. Desde ahí podía ver a las familias que salían de misa, a los novios que hablaban en voz bajita, los juegos de los niños, las ancianas vestidas de negro.

Era un domingo normal hasta que Leonardo Martínez decidió plantarse en medio de la plaza. Leonardo nunca fue de centros, sino de escondites. Desde niño, pasaba horas en los rincones. Observando a los demás, escribiendo, leyendo o pendiente de las conversaciones de los mayores. Siempre fue de sombras, aquella noche la luz de los faroles lo iluminaba.

Los niños y las niñas interrumpieron sus juegos. Los novios pusieron en pausa la ternura. Las ancianas entrecerraron los ojos para verlo mejor. Él tuvo miedo. Quiso huir, pero su cuerpo se negó a obedecerlo.

- ¡Hazlo! – le ordenó una voz que solo él escuchó,

Leonardo Martínez pasó saliva. Se aclaró la garganta y con una voz que todos pudimos escuchar contó cuentos. En cuanto dijo “había una vez” sus pies se despegaron del piso. Era libre. Podía escapar. Correr. Regresar a la seguridad de los rincones. Se quedó ahí: en el centro de la plaza, contando historias de tesoros enterrados, aparecidos, enamorados que vencen todos los obstáculos, maldiciones y encantamientos.

Cuando terminó de contar todo aquello perdió el apellido. Leonardo Martínez, se convirtió en Leonardo Maravillas. En sus labios las palabras cobraban vida. Si nosotros decíamos “mariposa” no pasaba nada. Cuando Leonardo lo decía a la palabra le salían alas.

Después de misa Leonardo nos llevaba a reinos lejanos. Su voz nos guiaba por los interminables pasillos de los castillos. Pasadizos en los que flotaban suspiros, hechizos, promesas de amor eterno, el sonido metálico de las armaduras de los caballeros, las tormentas de la guerra o la tranquilidad de la paz.

Con Leonardo Maravillas viajábamos al pasado. A nuestro pasado. Gracias a él conocimos al primer Juan. El fundador de nuestro poblado, que se detuvo a tomar una siesta y soñó que una piedra le hablaba.

-Mira, Juan, no quiero pasarme la eternidad tirada en este campito. Vivir sin propósito no es lo mío. Soy una piedra con aspiraciones. Es mi destino ser parte de una casa. Tú quieres un hogar, constrúyelo aquí- le dijo la piedra.

Al despertar decidió hacer realidad lo soñado. Caminó por aquel lugar. Encontró un árbol de duraznos y resolvió construir su casa ahí. Tomó una piedra.

- ¡Barda! - gritó la piedra.

Gritó tan fuerte que Juan oyó la voz dentro de su cabeza.

- ¡Recámara! - dijo otra.

Piedra a piedra hizo una casa. Despuesito llegó una gata de tres colores. Luego un perro negro. Días después otro viajero se detuvo: Pedro. Juan le ofreció un durazno al recién llegado.

Tras comer la fruta Pedro puso una rodilla en el suelo. Tomó un puñado de tierra.

-Maíz- susurró ella.

Pedro caminó por aquel lugar escuchando aquella voz.

-Cebolla.

-Higueras.

-Manzanos.

-Papa.

-Aquí no construyan nada, es paso de mi hermana el agua.

Así iba diciendo la tierra a medida que Pedro caminaba.

-Recuerdos - dijo un terreno lleno de flores.

Juan y Pedro sabían que en ese sitio debían hacer el cementerio. Luego llegó una mujer: Ofelia. Ella conocía el oficio de las nubes. Algunas cargan granizos. Otras lluvias ligeras. Unas esconden tormentas o frío.

Después de Ofelia llegó Belén, quien sabía de plantas. Posteriormente Martín el carpintero. Algunos venían con sus habilidades. Otros y otras traían sus deseos de aprender. La curiosidad también es un talento.

Con piedras construyeron sus viviendas. Por las noches Juan salía al frente de su casa. Se sentaba en una silla pintada de azul a ver las estrellas. La gata de tres colores brincaba a su regazo. El perro negro acostadito a un lado. Una noche descubrió una mirada enredada en la luna. Siguió el rastro de aquellos ojos. Era una mujer sentada en una silla morada. Un gato negro en el regazo. Un perro amarillo echado a sus pies.

-Buenas noches- saludó Juan.

-Buenas noches- respondió Isabel.

Al principio se saludaban de lejos. Una noche Juan puso su silla azul junto a la silla morada de Isabel. El gato negro saltó al regazo de Juan. Él sonrió. Ella también. Seis meses después se casaron. Construyeron una casa de piedras blancas y ladrillo amarillos. Ella la llenó de flores y sillas de todos los colores.

Después llegaron los niños. Muchos niños. Los hijos de Isabel y Juan y otras familias.

Los niños y las niñas jugaban todo el día. Corrían, trepaban a los árboles, inventaban canciones. Aprendieron las maneras de los animales. Caminaban sin hacer ruido como los gatos. Imitaban el canto de los pájaros. Intentaban volar. Querían aprender.

Los padres y las madres hicieron una casa muy grande. La construcción tenía muchos cuartos y un jardín enorme en el centro. Ya tenían la escuela, faltaban los maestros. Algunos en el pueblo sabían leer, escribir y hacer cuentas. Es decir, entendían muchas cosas. No bastaba. Un buen profesor debe tener ganas de seguir aprendiendo.

Los padres y las madres eligieron a los hombres y las mujeres que nunca perdieron el asombro y estaban dispuestos a aprender algo nuevo todos los días.

Leonardo Maravillas nos contó que los adultos también necesitaban aprender. Algunos ignoraban que hay un momento para cada cosa. Horas de trabajo. Momentos de reposo. Tiempo de festejar. Necesitaban un reloj grande para que todos y todas lo vieran.

El reloj no podía estar en medio de la nada. Así que hicieron una plaza y en la plaza construyeron una torre y sobre la torre pusieron aquella máquina que indicaba la hora y daba campanadas.

Con reloj y todo a algunos les daba por cantar canciones de amor a las dos de la mañana. Necesitaban alguien para callar a los ruidosos. Sí, la policía. Algunos se ofrecieron de voluntarios. Las costureras del pueblo les hicieron uniformes muy bonitos. Con el tiempo comprendieron que necesitaban un jefe. Ese jefe necesitaba otro y fue así como el pueblo tuvo su primer alcalde.

Leonardo Maravillas contaba historias muy bonitas, pero mis favoritas eran las de nuestro pasado. Del primer Juan y como poco a poco, piedra a piedra, nos convertimos en un pueblo y nos ganamos nuestro lugar en los mapas.

A lo mejor en los mapas mi pueblo es un punto pequeñito en la inmensidad del mundo. Para mí es el mejor lugar del universo.

Una noche de domingo, después de la misa, llegaron Ellos. Ocuparon el lugar que Leonardo Maravillas usaba para contarnos historias. A gritos nos contaron cuentos de miedo. No el de la mujer que aparece en el cementerio, sino del padre que nunca llega a su casa, de niños que se pierden camino a la escuela, de ventanas rotas, casas incendiadas y otros horrores.

Días después las historias se hicieron realidad. Comprendimos que no eran cuentos, sino amenazas.

Ellos sembraron el miedo.

El miedo creció en todas las casas, en las calles. Sus siniestras flores brotaron en los huertos y jardines. El miedo es una planta. También un animal que se esconde debajo de la cama.

Teníamos miedo de esa bestia llamada Miedo. Hablábamos en voz bajita. Teníamos permitido usar unas cuantas palabras.

- Sí, señor.
- Lo que usted diga.
- Perdóneme, por favor.
- No me lastime.
- Es todo lo que tengo, de verdad.
- Tenga compasión.

Pedimos ayuda a otros pueblos, incluso en la capital. Nadie vino. Somos un punto pequeñito en la inmensidad del mundo. Nadie pensó que en ese puntito estábamos nosotros.

La vida se nos hizo imposible. Entonces el camino nos habló.
-Síganme- nos dijo.

El viaje sería largo y difícil. No lo dijo. Lo sabíamos. De cuando en cuando llegaba al pueblo gente que iba de paso. Ellos y ellas nos contaron que en el camino dejaron algunas cosas. Otras las perdieron. Unas se las robaron.

En la ruta se pierden otras posesiones. La salud o la memoria. Algunos no recuerdan el propósito del viaje y regresan. Otros olvidan quienes son. Pues en el camino los llaman por nombres diferentes a los suyos: invasores, ilegales, muertos de hambre, malvivientes, vagos y otras cosas más feas. A veces las palabras son piedras, caen sobre nosotros y nos lastiman. También hieren a quienes las pronuncian.

Viajar sería un infierno. Quedarse en el pueblo también. Teníamos que elegir entre dos fuegos.

Gracias a Leonardo sabemos que somos hijos de Juan e Isabel. La historia de nuestro pueblo comenzó con su viaje. Lo que construyeron está en peligro de desaparecer. Por eso tenemos que irnos.

Nosotros somos el pueblo.

Somos capaces de levantar casas con piedras. De sembrar la tierra. De contar historias y maravillarnos con la belleza del cielo estrellado. Podemos ir a cualquier parte, porque el mundo necesita gente como nosotros: personas que construyen y quieren vivir en paz.

Las palabras de Leonardo resonaban en nuestras cabezas. Comenzamos a planear el viaje. Hablábamos en voz bajita delante de Ellos, quienes creían que estábamos muertos de miedo y no intentaríamos nada.

Ellos nos quitaron nuestras casas, las cosechas, la tranquilidad. No nos robaron nuestros sueños. No los ensueños que tenemos al dormir, sino los que creamos al estar despiertos.

Los sueños que soñamos con el corazón.

Pacientemente esperamos una oportunidad para escapar. Una persona con paciencia y sueños es invencible.

Un día *Ellos* fueron a aterrorizar a otro pueblo. Entonces escapamos. Leonardo Maravillas se quedó para contar nuestra historia. Un cuento que contará un domingo después de misa cuando no estén *Ellos*.

En la escuela aprendí que cada punto de un mapa representa a una ciudad o un pueblo. La vida me enseñó que la gente se mueve de un punto a otro y se detiene cuando encuentra su lugar en el mundo.

Yo sigo buscando el mío. Cuando lo encuentre construiré una casa. Me sentaré en una silla morada a ver las estrellas. Un gato acostado en mi regazo. Un perro echadito a mis pies. Y recordaré el domingo en que Leonardo Maravillas se plantó en la plaza del pueblo a contarnos historias.